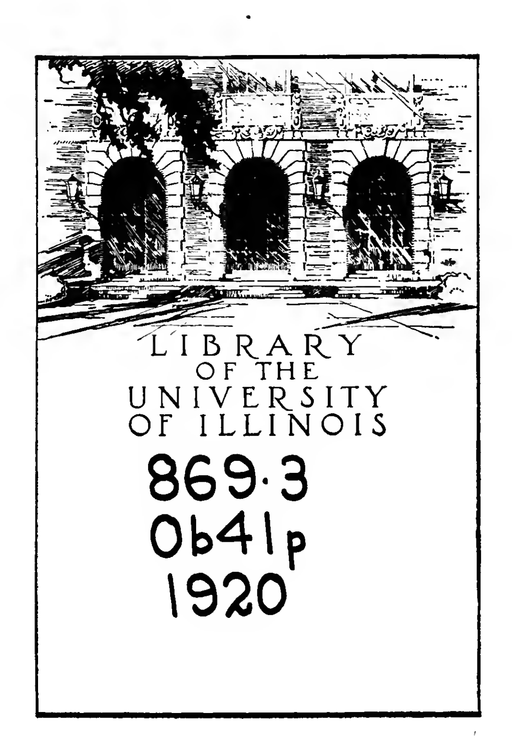
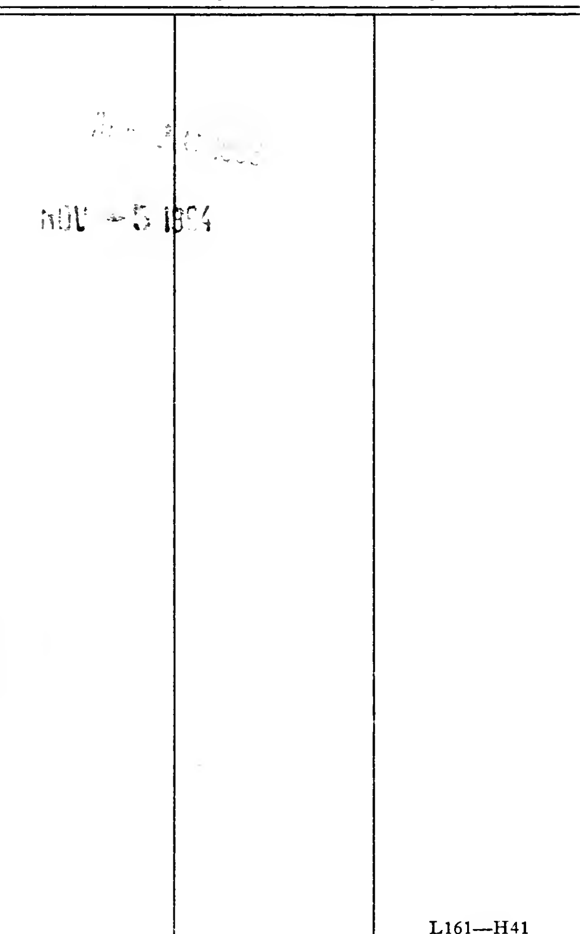


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS


L161—H41

RAFAEL OBLIGADO

Poesías

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO
DEL
DOCTOR DON JOAQUIN V. GONZÁLEZ



EDITOR
CLAUDIO GARCIA
SARANDÍ, 441
1920

RAFAEL OBLIGADO

Poesías

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO
POR EL
DOCTOR DON JOAQUIN V. GONZÁLEZ



EDITOR
CLAUDIO GARCIA
SARANDÍ, 441
1920

PRÓLOGO

Entre los tipos de la leyenda nacional, la inmortal figura de Santos Vega destella sobre el fondo inmenso de nuestra pampa como una aurora de poesía y amor; él es la personificación radiante de la fibra poética que ha muerto ya bajo las oleadas de la civilización extranjera que innunda las campañas, desalojando y replegando hacia los desiertos al hijo de la tierra, que al perder el hogar donde nació, el campo donde aprendió á leer en la naturaleza y á asimilarse sus armonías misteriosas, parece que va perdiendo hasta esa sensibilidad refinada, que en otros tiempos nos hizo escuchar cantares deliciosos que aún resuenan en las brisas desoladas de la llanura, y nos hizo admirar imágenes que sólo han quedado grabadas en sus crepúsculos.

De todo ese mundo ideal, de todo ese majestuoso poema cantado en los llanos por el payador de otra edad, sólo Santos Vega brilla sobre las ruinas con luz imperecedora; pero el gaucho apenas le recuerda, y su memoria se ha salvado del olvido, porque la literatura de las ciudades ha recogido sus trovas para nutrir de savia virgen sus concepciones, y para iluminar alguna vez con sus destellos misteriosos el monótono escenario de sus poemas. Sólo un genio sobrenatural

podía vencer el poderoso estro del poeta nativo que condensaba todas las facultades intelectuales de su pueblo y de su raza; sólo los dioses podían superar en inspiración y en belleza al cantor de la Ilíada; sólo los genios alados de los bosques de Arcadia o de Sicilia podían modular canciones más dulces que Virgilio y Teócrito; sólo Satanás podía arrancar a la guitarra de la pampa argentina gemidos más profundos y arrebatadores, y cantar más conmovedoras endechas que Santos Vega, el tipo semi-divino de nuestra poesía nacional. El, como Homero, se diviniza y desvanece en la imaginación popular, porque se confunde con la poesía misma cuya esencia es incorpórea y etérea, y llega á creerse que jamás existió, y así lo afirma el sentimiento de un pueblo decidido á hacer de él la personificación humana de ese genio poético que anima á toda una raza, y que, cantando, soñando, gimiendo en estrofas que vibran sin dueño aparente, como el concierto de las tardes campestres, forma el grande y universal poema de esa raza, de su territorio y de su cielo. Santos Vega es el astro que resplandece sobre ese inmenso poema: poeta y héroe de sus creaciones, tan rápidas como vibrantes e inspiradas, se asemeja á esos poetas de la India que actúan entre el luminoso cortejo de sus héroes legendarios, amados de los dioses, porque ellos reciben la inmortalidad de una juventud eterna.

Santos Vega es la musa nacional que canta con los rumores de la naturaleza; Echeverría es el poeta clásico que recoge esa grandiosa poesía para elevarla y darle la forma de la cultura; Obligado es el heredero legítimo de esas riquezas deslumbrantes que iban desapareciendo de la memoria, arrastradas por los vientos tempestuosos del progreso que transforma las ruinas

en palacios, porque él ha templado su lira al unísono con esa música vaga que adormece los espíritus, arrancada por manos invisibles de las cuerdas siempre tensas de nuestra espléndida tierra, y de nuestro clima saturado de inspiración. Su *Santos Vega*, esbozo radiante del gran poema de la pampa que se escrib rá algún día, es la tradición del poeta legendario vencido por el poder superior de la civilización avasalladora, personificada en el Diablo, en ese Satanás eternamente joven, que parece ser el portador de las grandes evoluciones de la humanidad. Este es el sentido trascendental; pero la tradición en sí misma, escrita en la estrofa amada de su héroe, nos da una vez más el ejemplo del concepto que el hijo de la tierra se formaba del Espíritu de las tinieblas. El es la suprema inspiración, la suprema poesía, la suprema ciencia; y a pesar de que su conciencia religiosa le abomina y le condena, su criterio artístico le adora y le diviniza; porque el arte, ya cante las alabanzas del rey profeta en el salterio de oro, esculpa ó pinte una Dolorosa sobre las telas de Rafael, ó célebre en las estrofas inmortales de Milton y del Tasso los triunfos de la idea cristiana, ó ya erija un Olimpo sensual en el laúd profano de Homero, esculpa una Venus de Milo, o arrebate y exalte el sentido en las estrofas ardientes de Safo, siempre es la chispa, el relámpago encerrado en nuestro cerebro, que iluminando los horizontes humanos, nos acerca a la divinidad, porque es ese «algo de dioses» que cada hombre lleva en su sér.

Satanás en el poema de Obligado es una verdadera creación del arte nacional, una idea más grande que muchas de las que nos admiran y enceguecen en los rotundos períodos andradianos; una síntesis filosófica que bien puede llamarse de fórmula poética de nuestra evo-

lución social; y quizá porque no aturde y ofusca los sentidos, y porque el espacio de su creación ideal es el alma misma, no brilla como otras creaciones de nuestra literatura, con todo el fulgor de la popularidad que, no obstante, alcanzará más sólida y profunda, cuando la crítica se dirija hacia esos dominios del pensamiento.

El Diablo humanizado en Juan sin Ropa, un payador desconocido que aparece en la escena rodeado de un misterio que sobrecoge y suspende, es la poesía sobrenatural, es el genio superior á la raza, único que puede vencer y sepultar en la nada al poeta de la tierra. En la *payada* memorable de la tradición, su fuego divino se anuncia por secretos presentimientos que nublan la frente y el alma de Santos Vega, y que le hacen presentir su muerte. Pero oigamos algunas de estas décimas, que parecen arrancadas del alma del desierto:

Turba entonces el sagrado
Silencio que á Vega acerca,
Un jinete que se acerca
A la carrera lanzado;
Retumba al desierto hollado
Por el casco volador;
Y aunque el grupo, en su estupor,
Contenerlo pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Horrorizados sintieron
Temblar las carnes de frío,
Miró en torno con bravío

Y desenvuelto ademán,
Y dijo: «Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, a fin, para testigo
Lo mismo es Pedro que Juan.»

Alzó Vega la alta frente,
Y le contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierto hastío indiferente.
—«Por fin, dijo fríamente
El recién llegado, estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que éstos provocan,
De saber cómo se chocan
Las canciones que cantamos.»

Así diciendo, enseñó
Una guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos
Preludiando se sentó.

....

Y aquel extraño payador, abortado por la sombra, canta los *tristes* y los *cielos* de la pampa con encanto sobrehumano, arrancando a su guitarra diabólica sonidos que electrizan, gemidos que desesperan y nublan las tinieblas del alma, acordes que arrebatan y se derraman en el espacio, evocando los seres invisibles que lo pueblan, para agruparlos en torno suyo, suspensos de sus armonías de ultratumba.

Santos Vega le escucha con el corazón agitado por la influencia magnética que aquellos cantos desconocidos para él mismo, para él, que había penetrado en los más recónditos secretos del arte, de la pasión, del cielo y del desierto de su patria, cuya alma y cuyas fibras llevaba en las suyas. La multitud extasiada que sirve de jurado en aquel certamen sublime, contiene, por amor a su poeta adorado, el grito del entusiasmo que fermenta en sus pechos inquietos, pero él comprende su derrota, porque admira a su enemigo, y le diviniza en su propia mente, y porque los más extraños prodigios le indican que su adversario no es un ser humano como él, sino que sus trovas son las irradiaciones de un genio divino bajado a la tierra para anunciarle su muerte; y exclama entonces con la desesperación de la agonía, estas palabras, que son el adiós sombrío y eterno de la musa de la pampa:

Santos Vega se va a hundir
En lo inmenso de esos llanos...
¡ Lo han vencido ! Llegó, hermanos,
¡ El momento de morir !

Algo como una niebla fúnebre se extiende sobre el desierto solitario, á medida que este adiós va dilatándose sobre la brisa de la tarde, quejumbroso como el lamento de la bordona de donde nació, hasta los últimos confines de su cielo amado, al mismo tiempo que la pupila centelleante del poeta nativo se clava por la vez postrera en los ojos de su querida, que tiene el instinto del amor y de la admiración hacia su poeta, como la rubia Magdalena lo tenía para el sublime é inspirado Nazareno. La *prenda del payador* admira y ama con el alma inmensa del desierto; Magdalena con

el alma infinita de ese cielo azul que promete el Evangelio á las almas purificadas por la contemplación.

El payador se desvanece en el horizonte de nuestro cielo, sin dejar más que un recuerdo, como rastro informe de su paso, mientras que su vencedor convertido en serpiente de fuego, incendia hasta el ombú majestuoso donde tantas veces sus endechas se elevaron a la altura, y donde tantas veces los hijos de la llanura se apiñaron para adorarle y bendecirle con lágrimas que eran laureles tributados por el coraeón de su patria.

El Diablo, por una concepción extraña, pero que entra en la índole de nuestra imaginación popular, es el instrumento elegido por la fatalidad para dar la muerte al payador legendario, cuya imagen, sin embargo, brilla sobre los horizontes de nuestra literatura y de nuestra tradicción, como la estrella polar que marca a los poetas del presente y del futuro la senda que lleva á la creación de nuestra gran poesía nacional. Y es gloria del joven bardo argentino el haber levantado como bandera de combate, esa musa que nacida y creada con Santos Vega, resplandece con luz clásica en Echeverría, que será en el tiempo del refugio donde vayan a fortalecer sus arpas desfallecidas nuestros poetas filósofos, cansados de edificar sin fruto sobre cimientos prestados por civilizaciones ajenas.

El *Santos Vega* de Obligado es un modelo de la tradición nacional, á la vez que, como he dicho, el esbozo radiante del gran poeta de la pampa, borrado por el soplo de la transformación de la raza, pero que renacerá de las ruinas del pasado como las estátuas griegas después de la inmensa inundación de los pueblos del Norte. Porque las evoluciones humanas son como las capas de tierra que los siglos amontonan sobre los

escombros: el arado del labrador que rasga el suelo para encerrar la semilla, tropieza algún día con un fragmento del mármol antiguo, y aquel fragmento es un relámpago que alumbra el pasado, y es la revelación de un mundo lumnioso que proyecta sus rayos vivificantes sobre el futuro.

El poeta nacional del porvenir, evocando con sus canciones los recuerdos de la edad primitiva, será respondido algún día por «el alma del viejo Santos» que vaga eternamente en el espacio, como el ángel condenado de Kopstock, esperando ver abiertas para él las puertas de ese cielo tan deseado, donde se goza de la armonía que adormece los mundos, y donde se cantan las alabanzas místicas en las arpas divinas.

Joaquín V. González.

SANTOS VEGA

Santos Vega, el payador,
Aquel de la larga fama,
Murió, cantando su amor
Como el pájaro en la rama.

Cantar popular.

I

EL ALMA DEL PAYADOR (1)

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina,
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afán de la pena.

(1) *Payador:* trovador.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna
Para la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada
Y, al envolverla en su manto,
Suena el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquellas
En que la Pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hiere al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,
Las brillazones remedan (1)
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río;
Mudo, abismado y sombrío,
Baja un jinete la falda
Tinta de bella esmeralda,
Llega a las márgenes solas...
¡Y hunde su potro en las olas,
Con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza á lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario, algún paisano
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y, alzando en vez de sus cantos
Una oración de ternura.
Al persignarse murmura:
«¡El alma del viejo Santos!».

(1) *Brillazón :* espejismo.

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero he respirado
Que el payador ha nutrido,
Beso este suelo querido
Que a mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega
La convicción de que es mía
¡La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

II

LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta; inflamado
El horizonte fulgura,
Y se extiende en la llanura
Ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
Y del inmenso circuito
No llega al alma otro grito
Ni al corazón otro arrullo,
Que un monótono murmullo,
Que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano.

Viste poncho americano,
Suelto en ondas de su cuello,
Y chispeando en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
Con el último destello.

¿Dónde va? Vese distante
De un ombú la copa erguida,
Como espiando la partida
De la luz agonizante,
Bajo la sombra gigante
De aquel árbol bienhechor,
Su techo, que es un primor
De reluciente totora,
Alza el rancho donde mora
La prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
Meditabunda le espera,
Y en su negra cabellera
Hunde la mano rosada.
Le ve venir: su mirada,
Más que la tarde, serena,
Se cierra entonces sin pena,
Porque es todo su embeleso
Que él la despierte de un beso
Dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
Toca la frente querida,
Y vuela un soplo de vida
Por el ramaje callado...

Un ¡ay! apenas lanzado,
Como suspiro de palma
Gira en la atmósfera en calma;
Y ella, fingiéndole enojos,
Alza a su dueño unos ojos
Que son dos besos del alma.

Cerró la noche. Un momento
Quedó la Pampa en reposo,
Cuando un rasgueo armonioso
Pobló de notas el viento.
Luego, en el dulce instrumento
Vibró una endecha de amor,
Y, en el hombro del cantor,
Llena de amante tristeza,
Ella dobló la cabeza
Para escucharlo mejor.

«Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía),
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana;
Soy la luz que en tu ventana
Filtra en manojos la luna;
La que de niña, en la cuna,
Abrió tus ojos risueños;
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.

«Yo soy la música vaga
Que en los confines se escucha,
Esa armonía que lucha
Con el silencio, y se apaga;

El aire tibio que halaga
Con su incesante volar,
Que del ombú, vacilar
Hace la copa bizarra;
¡Y la doliente guitarra
Que suele hacerte llorar!...»

Leve rumor de un gemido,
De una caricia llorosa,
Hendió la sombra medrosa,
Crujió en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido
De rotas cuerdas se oyó;
Un remolino pasó
Batiendo el rancho cercano;
Y en el circuito del llano
Todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
Se levantó la alborada,
Con esa blanca mirada
Que hace chispear el rocío.
Y cuando el sol en el río
Vertió su lumbre primera,
Se vió una sombra lijera
En occidente ocultarse,
Y el alto ombú balancearse
Sobre una antigua tapera (1).

(1) *Tapera:* ruina.

III

EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,
Ya por los campos rutila
Del sol la grande, tranquila
Y victoriosa mirada.
Sobre la curva lomada
Que asalta el cardo bravío,
Y allá en el bajo sombrío
Donde el arroyo serpea,
De cada hierba gotea
La viva luz del rocío.

De los opuestos confines
De la Pampa, uno tras otro,
Sobre el indómito potro
Que vuelca y bate las crines,
Abandonando fortines,
Estancias, rancho, mujer,
Vienen mil gauchos á ver
Si en otro pago distante,
Hay quien se ponga delante
Cuando se grita: ¡á vencer!

Sobre el inmenso escenario
Vanse formando en dos alas,
Y el sol reluce en las galas
De cada bando contrario;

Puéblase el aire del vario
Rumor que en torno desata
La brillante cabalgata
Que hace sonar, de luz llenas,
Las espuelas nazarenas
Y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
Divide el campo después,
Señalando de través
Larga huella por el llano;
Y alzando luego en su mano
Una pelota de cuero
Con dos manijas, certero
La arroja al aire, gritando:
—«¡Vuela *el pato*!... ¡Va buscando
Un valiente verdadero!».

Y cada bando a correr
Suelta el potro vigoroso,
Y aquel sale victorioso,
Que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
En medio, la turba calla,
Y á ambos lados de la valla
De nuevo parten el llano,
Esperando del anciano
La alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
Ronco truena en el circuito,
Y el caballo salta al grito
De su impávido señor;

Y vencido y vencedor,
Del noble triunfo sedientos,
Se atropellan turbulentos
En largas filas cerradas,
Cual dos olas encrespadas
Que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
Su feliz conquistador,
Y su bando en derredor
Le defiende y clamorea.
Uno y otro aguijonea
El ágil bruto, y chocando
Entre sí, corren dejando
Por los inciertos caminos,
Polvorosos remolinos
Sobre las pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego
Por el campo arrebatado,
De los unos conquistado,
De los otros presa luego;
Vense, entre hálitos de fuego,
Varios jinetes rodar,
Otros súbito avanzar
Pisoteando los caídos;
Y en el aire sacudidos,
Rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas,
De las lagunas vecinas,
Como vivientes neblinas,
Estrepitosas bandadas;

Las grandes plumas cansadas
Tiende el chajá corpulento;
Y con veloz movimiento
Y con silbido de balas,
Bate el carancho las alas
Hiriendo á hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
Robusto joven la prenda,
Y tendido, a toda rienda:
—«¡Yo solo me basto!» grita.
En pos de él se precipita,
Y tierra y cielos asorda,
Lanzada a escape la horda
Tras el audaz desafío,
Con la pujanza de un río
Que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,
Y él los azuza y provoca,
Golpeandose la boca,
Con salvajes alaridos
Danle caza, y confundidos,
Todos el cuerpo inclinado
Sobre el arzón del recado,
Temen que el triunfo les roben,
Cuando, volviéndose, el joven
Echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
Abatía, y silencioso,
Su abanico luminoso
Desplegaba en occidente,

Cuando un grito de repente
Llenó el campo, y al clamor
Cesó la lucha, en honor
De un solo nombre bendito,
Que aquel grito era este grito:
«¡Santos Vega, el payador!».

Mudos ante él se volvieron,
Y, ya la rienda sujeta,
En derredor del poeta
Un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
En los atentos oídos,
Porque los labios queridos
De Santos Vega cantaban
Y en su guitarra zumbaban
Estos vibrantes sonidos:

«Los que tengan corazón,
Los que el alma libre tengan,
Los valientes, ésos vengan
A escuchar esta canción:
Nuestro dueño es la nación
Que en el mar vence la ola,
Que en los montes reina sola,
Que en los campos nos domina,
Y que en la tierra argentina
Clavó la enseña española.

«Hoy mi guitarrra, en los llanos,
Cuerda por cuerda, así vibre:
¡Hasta el chimango es más libre
En nuestra tierra, paisanos!

Mujeres, niños, ancianos,
El rancho aquel que primero
Llenó con sólo un ¡te quiero!
La dulce prenda querida,
¡Todo!... ¡el amor y la vida,
Es de un monarca extranjero!.

«Ya Buenos Aires, que encierra
Como las nubes, el rayo,
El Veinticinco de Mayo
Clamó de súbito: ¡guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
Pueblo argentino! ¿qué haremos?
¿Menos valientes seremos
Que los que libres se aclaman?
¡De Buenos Aires nos llaman,
A Buenos Aires volemos!

«¡Ah! ¡Si es mi voz impotente
Para arrojar, con vosotros,
Nuestra lanza y nuestros potros
Por el vasto continente;
Si jamás independiente
Veo el suelo en que he cantado,
No me entierren en sagrado
Donde una cruz me recuerde
Entiérrenme en campo verde
Donde me pise el ganado!».

Cuando cesó esta armonía,
Que los conmueve y asombra
Era ya Vega una sombra
Que allá en la noche se hundía...

¡Patria! á sus almas decía
El cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
De las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
Del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires violaron,
Y el himno audaz repitieron,
Cuando á Belgrano siguieron,
Cuando con Güemes lucharon,
Cuando por fin se lanzaron
Tras el Andes colosal,
Hasta aquel día inmortal
En que un grande americano
Batió al sol ecuatoriano
Nuestra enseña nacional.

IV

LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento,
De las tórtolas amado,
Porque su nido han labrado
All al amparo del viento;
En el amplísimo asiento
Que la raíz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos
Ante Vega se detienen;
En silencio se convienen
A guardarle allí dormido;
Y hacen señas no hagan ruido
Los que están á los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil, y llega
A palpar a Santos Vega,
Moviendo apenas la planta.
Una morocha que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso
Porque, gentil y bizarra,
Se aproxima a la guitarra
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
Silencio que á Vega acerca,
Un jinete que se acerca
A la carrera lanzado;
Retumba el desierto hollado
Por el casco volador;
Y aunque el grupo, en su estupor,
Contenerlo pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Horrorizados, sintieron
Temblar las carnes de frío.
Miró en torno con bravío
Y desenvuelto ademán,
Y dijo:—«Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, al fin, para testigo
Lo mismo es Pedro que Juan».

Alzó Vega la alta frente,
Y le contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierto hastío indiferente.
—«Por fin, dijo friamente
El recién llegado, estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que éstos provocan,
De saber cómo se chocan
Las canciones que cantamos».

Así diciendo, enseñó
Una guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos
Preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía:
«La he besado hace un momento».

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)
Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba.
Y con voz que modulaba
B'andamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oídos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaban, derramados,
La embriaguez á los sentidos

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor; y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Como un aleteo inmenso.
Luego, en un preludio intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,
Y cantó de las auroras
Y las tardes pampeanas,
Endechas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura
Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó,
Y tembló la muchedumbre,
Porque, echando roja lumbre,
Aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
Y torciendo el talle esbelto,
Fué á sentarse, medio envuelto
Por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
Las que entonces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
En la Pampa misteriosa,
A esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron!

Era aquella esa canción
Que en el alma sólo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos,
Los desmayos y los vuelos
Del espíritu genial,
Que va, en pos del ideal,
Como el cóndor a los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso, dado al viento;
El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
De la Pampa ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado;
La promesa del arado
Que abre cauces a la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto,
Mil ciudades el desierto
Levantaba de sí mismo.
Y a la par que en el abismo
Una edad se desmorona,
Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
Aquel himno prodigioso,
E, inclinando el rostro hermoso,
Dijo: —«Sé que me has vencido.»
El semblante humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió á la joven, su encanto,
Y en los ojos de su amada
Clavó una larga mirada,
Y entonó su postrer canto:

—«Adiós, luz del alma mía,
Adiós, flor de mis llanuras,
Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía;
Adiós, mi única alegría,
Dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va a hundir
En lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos,
El momento de morir!»

Aún sus lágrimas cayeron
En la guitarra, copiosas,
Y las cuerdas temblorosas
A cada gota gimieron;
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y trocado entre las ramas
En serpiente, Juan Sin Ropa,
Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aún cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron,
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo;
Pero un viejo y noble abuelo,
Así el cuento terminó:
—«Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando,
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció».

LA SALAMANCA

I

Nace la Noche en el fondo
De las abruptas cañadas,
Y con las sombras primeras
Por los valles se adelanta.
Aunque es dulce, en su presencia
Las aves gimen, no cantan,
Y se arrojan a su albergue
Tropezando entre las ramas:
Aunque es tierna, y el suspiro
De sus labios llena el aura,
Va taimada despertando
Execrables alimañas.

Deja el valle, y en silencio
Agil trepa por la falda,
Metiéndose entre las grietas,
Descendiendo a las quebradas,
Arrebatando las luces
Que el sol dejó en la montaña,
Hasta que se hunde sombría
En la horrenda Salamanca.

¡La Salamanca! Antro oscuro
De quiméricas fantasmas,
Que en los senos de la sierra
Largo espacio se dilata,
En columnas de calcáreo
Lanza sus bóvedas anchas,
O corriendo por encima
De estalagmitas se arrastra;
Retuércese en espirales
Que a los abismos se lanzan;
Por silente galería
Recta pas peñas taladra;
Y del fondo tenebroso,
En vibrantes bocanadas,
Arroja al vasto recinto
De las bóvedas en calma,
El lejano cañoneo
De estruendosa catarata.
Luego, en grietas repartida,
Por angostas sendas marcha,
Hasta juntarse en inmensa,
Húmeda y tétrica sala,
Donde suena, siglos hace,
La pertinaz gota de agua.

¡Mansión de horror! En la altura
Giran del buho las alas,
Y de sus ojos redondos
Echa a aquel antro las llamas;
Y más abajo, esparciendo
Del aire espeso las miasmas,
De los hediondos murciélagos
Vuela la torpe bandada.

Corren en fila, azotando
Las encorvadas murallas,
En procesión hervorosa
Las malditas luces malas;
Y, a su reflejo, a gún duende
Se asoma, y rápido pasa,
Hundiendo mudo en la sombra
Los callados pies de lana.

II

De la más honda tiniebla,
Como un hervor del abismo,
Suben de trasgos y brujas
Los palmoteos y gritos.
Luego, en tropel sonoroso,
Llenan la sala, y principio
Dan, bajo teas humeantes,
Al aquellarre maldito.
Giran en torno de un tacho
Que hierve a un fuego rojizo;
Con varejones de tala
Revuelven, baten el líquido;
Y echan el húmedo sapo
De los pantanos traído;
La blanda lengua del perro
Que erró sin amo ni abrigo,
Y, en el desierto, a la luna,
Alzó lamento tristísimo;
De las iguanas los ojos;
Las alas de los vampiros;
Siempre girando, girando
En infernal remolino.

Desde la gruta ignorada,
Suena en los campos vecinos
Aquel estrépito infame
Con la dulzura de un himno;
Música errante, que lleva
Al corazón y al espíritu,
Ansia de empresas vedadas,
Sed de grandeza y dominio.

Un criollo joven y hermoso,
De cribado calzoncillo
De facón a la cintura,
De poncho, espuela y barbijo,
Por la música celeste
Y su ambición atraído,
Entró impávido en la gruta,
Se hundió en su inmenso recinto.
Un punto tembló, y un punto
Vaciló, pero, atrevido,
Como flexible culebra
Se arrastró por los abismos...
Y allá las brujas gritaron,
Abriéndose en ancho círculo:
—«¡Llegue el valiente a iniciarse,
El hermoso, el bienvenido!
¡Venga luego a complacerle,
Venga el rey de vuestro asilo!»
A esta voz, rompiendo el muro,
Se apareció el diablo antiguo,
Largo y flaco, hediendo a azufre,
Hombre y sierpe a un tiempo mismo.
—«¿Qué desea el que me busca?»
Ronco y grave al joven dijo.

—«El amor de las mujeres,
El caballo que yo envidio,
Echar suerte con la taba,
Buen ojo para el cuchillo,
A la mula más bellaca
Montarla de un solo brinco,
Y darte el alma por todo.
¿Te conviene?»
—«Concedido;
Pero antes, venga una prueba
Para saber si eres digno.
Y así diciendo, Satán
Abrió un hondo precipicio
Sin más senda que una larga
Cuchilla puesta de filo,
Debajo, monstruos y fieras
Que dan hambrientos rugidos,
Y en el fondo, en un altar,
La dulce imagen del Cristo.
—«¡Anda está abierta la senda
A tus humanos designios;
¡Anda! y no temas los monstruos
Que te saldrán al camino;
¡Anda! ¡y escupe y derriba
Al odiado, al crucifijo!»

El ambicioso, el blasfemo,
Echó a andar... y un estallido
Lanzó al joven, a las brujas,
Y a Satanás, al abismo.
La dinamita triunfante
Y del obrero los picos,

Perforaban la montaña
Abriendo túnel magnífico
A la audaz locomotora,
Al nuevo, excelso vestiglo.

1893.

LA MULA ÁNIMA

Iba un anciano trepando
En ágil mula la sierra,
Desde el sombrero a la barba
Suelto el barbijo de seda;
Poncho de agreste vicuña
Con franjas, flecos y hojuelas,
Ha medio siglo bordado
Por su afinada la prenda;
Llevaba usutas (sandalias
No he de decir en mi tierra),
Que así le guardan los pies
Como le sirven de espuelas;
Un guardamonte de cuero
Con que se cubre las piernas,
A cuyo empuje se inclinan
Arbustos, cardos, malezas,
Y huyen guanacos y cabras
Cuando, al trotar de la bestia,
Con resonantes crujidos
Sobre sus flancos golpea.

Lleva aquel viejo en el alma
La triste música interna
De los recuerdos: los besos
De las ternuras maternas,

El dulce abrazo infinito
Y el largo ¡adiós! de su prenda,
Cuando, a través de los Andes,
Fué a combatir y a quererla;
Y allá en lo oculto, en lo hermoso,
La imágen fúlgida, eterna,
De nuestra patria... la patria
De las heroicas proezas,
De William Brown en los mares,
De San Martín en la tierra.

El fué con Dávila a Chile,
Con Güemes a la frontera,
Con La Madrid a Tarija,
A Junin con Necochea,
Y era tan fiel en amores
Como atrevido en la guerra.
Tiene este viejo una enjundia
Que ni el demonio la tuesta,
Y donde asoma un peligro
Es para hollarlo una fiera.
De la espantosa *Mula Anima*
Tantos horrores le cuentan,
Que, por hallarla a su paso
Y refrenarle las riendas,
Hizo a la Virgen del Valle
Esta sencilla promesa:
«Haz que la encuentre, y de alfombra
Pondré a tus plantas de reina,
Este mi poncho tejido
Por mi finada la prenda.»

Embebecido iba el hombre
En sus recuerdos y penas,
Cuando, de un rancho asentado
Sobre la abrupta ladera,
Salióle al paso, en tumulto,
Un mocetón, una vieja,
Una serrana, dos niños,
Y hasta una cabra casera;
Sucias las caras, y un susto
Lívido y áspero en ellas.

—«¡Va por allí!—le gritaron,—
¡Va por allí, por la cuesta!»
—«¿Quién?»—preguntó, deteniéndose,
El del barbijo de seda.
—«¡Ella! ¡La mula maldita
Que por la noche anda suelta!»
—«Sí, dijo el mozo, la he visto
Al despertar de la siesta.»
—«Y yo, añadió la serrana,
Desvanecerse en la niebla.»
—«Mas, cuando pasa de día,
Como esta vez, se presenta
De viuda, toda enlutada,
En dirección a una iglesia.»
—«Y al regresar cada noche,
Es mula en llamas envuelta.»
—«Pues a esperarla me quedo,
Dijo el del poncho de hojuelas.»
—«¡Ah, qué mujer!»—persignándose
Murmura al cabo la abuela,
Mientras el viejo soldado
Entra a su rancho y se sienta,—

«¡Ah, qué mujer!... Era blanca
Como las nieves eternas,
Y rubia como esos cardos
Que dan flor en primavera.
Se enamoró de un soldado
De la santa independencia,
Que con Dávila fué a Chile
A luchar por su bandera;
Y como era tejedora
De las pocas y las buenas,
Le hizo un poncho de vicuña
Más liviano que hoja seca.
El buen joven se marchó
A libertar nuestra América,
Bajo fe de su palabra
De casamiento a la vuelta.
Y ella, dos años corridos,
Fué tan loca y sinvergüenza,
Que se enredó con un cura
Para curarse de ausencias.
Dios, el gran Dios, la maldijo
Hiriéndola con su diestra,
Y echó su ánima a penar
Por las quebradas desciertas,
Convertida en esa mula
Que en la noche se pasea,
Que de ojos, boca y narices,
Arroja llamas siniestras.
Por un decreto divino
Lleva colgando las riendas,
Hasta que un hombre muy hombre,
Por redimirle la pena,
Con fuerte brazo y fe santa
La refrene en su carrera».

Iba cayendo la noche
Al terminar la conseja,
Y conmovido el soldado
Por unas ansias secretas,
Mudo besó, al despedirse,
A los niños y a la abuela,
Y, cabalgado en su mula,
Se echó a vagar por la sierra.

Era una noche sombría,
Fúnebre noche, de aquellas
En que los genios medrosos
Salen de grutas y cuevas;
En que una mano, asomada
De algún recodo, hace señas;
En que está oculto un misterio
Que hace temblar las tinieblas,
Y hasta el rumor del torrente
Es un rodar de cadenas.

El noble viejo marchaba
Por la sinuosa vereda,
Cuando unas luces rojizas,
Hiriendo á asaltos las peñas,
Le iluminaron un arria
De pardas mulas cargueras,
Cegadas, quietas, bufando
Bajo las vivas centellas,
Y á los arrieros, postrados,
La faz oculta en las piedras.

Luego, por boca y narices
Echando ardientes culebras,
Que, retorcidas, los muros

Suben y en lo alto chispean,
Se apareció la Mula Anima,
Al aire flojas las riendas.

Echó pie á la tierra el soldado
De las batallas homéricas,
Y se avanzó a recibirla
Con toda el alma en la empresa.
Hizo á la Virgen del Valle,
Como á sus jefes, la venia,
Y cuando estaba ya encima
La mula, en llamas envuelta,
La refrenó, y a su pecho
Vino a estrellarse, ya muerta,
Pero en mujer convertida...
¡Y era su novia, *la prenda*!

Se echó a llorar como un niño
El de la lides de América...
Mientras, la Virgen del Valle
Bajó ceñida de estrellas.
El le tendió como alfombra
Si rico poncho de hojuelas,
Y ella, posada un instante
Para aceptar la promesa,
Volvióse al cielo llevando
Purificada en su esencia,
Un alma mísera, indigna,
Pero que ha amado en la tierra.

1892.

EL YAGUARON

¡Quién dijera, al verle ahí
Tan apacible y rendido,
Que este Paraná querido
Tuviera infamias en sí!
Todo en el mundo es así:
La belleza, de luz plena,
La niñez y la azucena,
Todo en cieno se convierte,
A todo arroja la muerte
El polvo de que está llena...

Bajando Juana María,
Puesta en jarras, la barranca,
Un lío de ropa blanca
En la cabeza traía.
Va con franca bizarría
Imponiendo su hermosura;
Y al descender de la altura,
Suelta la falda tan bien,
Que oscila y cruje al vaivén
De su redonda cintura.

¡Hay que ver con qué mirada,
A tan gentil desparpajo,
La envuelve de arriba abajo
Hecha un ascua la mozada!
Ella, a quemarla habituada,
Sigue, dando a su atavío
El mismo rumboso brío
Que harto sabe le conviene,
Y así llega donde tiene
La batea junto al río.

Sobre las ropas ajenas
Vierte el agua reluciente,
Y en su seno transparente,
Con un pan de jabón llenas,
Crispa las manos morenas,
Flota de uno, de otro modo,
Bate, tuerce, enjuga todo...
Y por las carnes de rosa
Blanca espuma globulosa
Le va subiendo hasta el codo.

¡Con qué afán, con qué agasajo
Y apasionada terneza,
La santa naturaleza
Bendice en ella el trabajo!
En cada árbol no hay un gajo
Que no se agite en su honor;
Las islas, de cada flor
Le dan fragancia; el jilguero
Le canta el himno sincero
Del antiguo trovador.

Quiere así la primavera
Rendirle todas sus galas,
Que se muevan muchas alas
Honrando a la lavandera...
Pero el río, en su severa
Profunda calma, desciende;
El sol lo empapa y enciende;
El viento apenas lo riza;
Y hondo y mudo se desliza
El gran Paraná y se extiende.

No observa Juana María
Que a sus pies, precisamente,
Hierve entonces la corriente
Con más hervor que solía;
No ve que el río aquel día
Tiene extraños movimientos,
Ni que eléctricos, sangrientos,
De infame plétora rojos,
Bajo las aguas, dos ojos
La miran fijos y hambrientos.

Ancho el río cabrillea
Conturbado por la brisa,
Y en él la forma indecisa
De un monstruo se balancea.
Verdoso, enorme, voltea
El cuerpo, se hunde, se oculta,
Resurge, el líquido abulta,
Borbollando por sí mismo,
Y de nuevo en el abismo
El chato lomo sepulta.

Al oído de la obrera,
De allá muy hondo, muy hondo,
Vago llega desde el fondo
Un ronco bramar de fiera;
Sonidos que se dijera
Ser lamentos gemebundos;
Otras veces, iracundos
Desgarrones, golpes vivos
De zarpazos convulsivos,
En socavones profundos.

Juana va a huir, todo siente...
¡Y arroja un grito, y se aterra,
Viendo que se hunde la tierra,
Quebrándose de repente!...
Un remolino rugiente
Salta del río, la alcanza,
La derriba; se abalanza,
Todo inunda, todo huella,
Y, envuelto en lodo, con ella
Al hondo cauce se lanza...

A poco, manso y sereno,
Quedó el río indiferente,
Y sólo huyo, en la corriente,
Una gran mancha de cieno.
Siguió el bosque, siempre ameno,
Su eterna y rítmica pieza;
Siguió dando a la belleza
El jilguero sus canciones,
Y hechando sus bendiciones,
La santa naturaleza.

EL CACUI

Por donde Salta limita
Con Tucumán y Santiago,
Mientras los de una melada
Tomaban mate y descanso,
Dijo un payador porteño,
Que andaba entre ellos buscando
Mieles también, no de abeja,
Sino de ensueños y encantos:

—« Finalizó la cosecha
La de algarroba, ¡gran año!
¡Qué invierno para la aloja
Será el invierno cercano!
Ya lo veréis, cuando haciéndose
El gracioso venga mayo,
Y, dando diente con diente,
Le siga junio empochado.
Agua se me hace la boca
De solamente pensarlo...
Irá a los bailes la prenda
Que está nombrada, pues callo,
Y he de soltarle al oído
Entre diciendo y besando:

« ¡ Tomo y obligo ! »... y la niña
Ha de beber en mi jarro,
Y ha de *obligarme* a su turno,
Con un mirar y un amago
De esos que muestran el alma;
Como la aloja, chispeando.
De mi guitarra en la prima
Cantaré el *sí* de sus labios;
Y al son de cuecas chilenas
Y de argentinos malambos,
¡Haré volar la pollera
De la princesa del pago,
Y, entre las mozas, ninguna
Ha de pisarle el zapato,
Ni levantar sobre todas
Más polvareda en el rancho ! »

— « ¡ Valiente moza es aquélla
Para meterla en fandangos!...
— Le interrumpió un santiagueño,
Más que diciendo, cantando,—
Lo que es su padre, la cuida
Como reliquia de santo :
Y cuando baja a los montes,
La deja allá, en su barranco,
Como las flor s del aire,
Pegada siempre al peñasco.
Y si no, ¿cuál de nosotros
La ha visto ? »

— « Yo, entre mis cantos,
Que los cantores nacimos
Para entrever lo soñado.
En cierta noche de luna,

Mientras la andaba rondando,
De su aposento salían
Como gemidos muy largos,
Y desde entonces, librarla
De su prisión he jurado. »

— «Más sabe el diablo por viejo
Que por su ciencia de diablo,—
Dijo un sargento de Güemes,
Matusalén ignorado;—
Y así te digo, porteño,
Que en la casa del barranco
No hay tal mujer, ni tal padre,
Pues, lo que es ella, es un pájaro,
Y el hombre aquel, que allí mora
Y baja solo, es su hermano,
Anima ya, porque el pobre
Anda hace un siglo penando;
Y los gemidos que oíste,
No en su aposento, en un árbol,
Son del cacui que en la noche
Va a sollozar a su lado».

—«Sea mujer, y no importa
Que vista plumas o rasos,—
Dijo el cantor, — que las alas
Son de los seres más altos;
Y si es un ave, sin duda
Sabrá librarse del barro:
Sueño por sueño, en el mundo
Quiero soñar con lo alado».

—«Cuando conozcas su historia,
Replicó al punto el anciano,

Has de romper tu guitarra,
¡Y has de romperla llorando!
Eran, varón y mujer,
Huérfanos ya, dos hermanos:
Ella un demonio, aunque linda,
Y él poco menos que un santo,
Trabajador sin abuela
Y emprendedor sin cansancio.
Así picaba carretas
En Tucumán o Santiago,
Y en las llanuras era hombre
De boleadoras y lazo,
Como en los bosques de Salta
Un obrajero afamado;
En Catamarca, minero
Más cateador que un riojano;
¡Y en las meladas, amigos!...
Nunca jamás se dió el caso
De que perdiera una abeja
Entre esa mar de quebrachos,
Porque ¡tenía unos ojos
Para seguirlas volando
Y descubrir la colmena
Entre el cebil o el retamo!...
Pues, cuando hacía, lo hacía
Para tener con regalo
A esa que tú, payador,
Llamas princesa del pago,
Y que era moza muy linda,
Pero en los hechos, gusano.
Si él le traía un cabrito,
Ella en lo oculto iba a asarlo,
Lo devoraba, y el resto
Echaba allá, á los caranchos;

Y él se iba hambriento, afligido,
Para volver, en las manos
Trayendo achuras sabrosas,
Que ella comía... y al campo
Iba y volcaba la olla
Para negarla a su hermano!
Siempre, al llegar a su casa,
Cuando dejaba el trabajo,
Halló cazuelas vertidas
Y necia burla en los labios».

—« Parece cuento »...

—«No es cuento:
Ha sucedido, aunque es raro,
Pero en los seres hay cosas...
Vaya, mejor es callarlo.
El le rogaba unas veces,
Casi a sus plantas postrado,
Que no amargara sus horas
Con proceder tan ingrato;
Otras, sañudo y sombrío,
Presa de impulsos insanos,
Iba a azotarla en el rostro...
¡ Y le temblaba la mano !
Ya de su madre el recuerdo
Era el ejemplo evocado...
¡ Hay, de esa madre que a muchos
Nos está al cielo llamando!...
Pero la niña era terca,
Su corazón era malo,
Y, hosca, burlaba el recuerdo
Con el desdén más villano.
Hasta que un día aquel mártir

De ese odio y yugo pesado,
Dijo: — « ¡ Que muera ! ¡ que muera !
Mas no la mate mi brazo,
Sino, a la faz de los cielos,
¡La voluntad de los astros ! »
Y asiendo su hacha obrajera,
Que no mellaba el quebracho,
Llamó a su hermana, y con dulce
Voz de cariño y halago
— « ¿ Sabes, le dijo, que tengo,
En aquel bosque inmediato,
Un moromoro, y quisiera
Para tí sola sacarlo ? »
A tal promesa, la joven,
Que era golosa: — « Pues vamos », —
Le contestó, y en procura
De la colmena marcharon.

« Al pie de un orcocebil,
Tan corpulento y tan alto
Que echaba el cielo la copa,
Se detuvieron entrambos.
— « Sube delante, le dijo,
Que yo te iré sustentando,
Para que allá, en la corona,
Goces tú sola el regalo ».
Luego, de un gajo en el otro,
Fueron trepando... y treparon,
Ella de mieles hambrienta
Y él su venganza hambreando.
Cuando llegaron al sitio
Más eminente del árbol:
— « Está, añadió, el moromoro
Cerca de aquí, en aquel gajo;

Echate al rostro el pañuelo
Mientras desciendo a sacarlo,
Que las abejas dispersas
Pueden hacerte algún daño ».
Ella cubrióse, y a poco
Sintió temblar todo el árbo
Y derrumbarse las ramas
A los tremendos hachazos.
— « Cúbrete bien», le decía
El, cada vez más abajo,
Hasta que el hacha y los ecos
De resonar se cansaron,
Y llegó mudo el silencio
Desde los montes lejanos.

Ella, velada y medrosa,
Se estuvo así mucho rato,
Hasta que, alzando el pañuelo,
Se vió, con susto y con pasmo,
Sola en el orcocebil
De sus ramas despojado,
Sola, en aislada columna,
Adonde el eco le trajo
La carcajada nerviosa
Y siniestra de su hermano.

« Quiso bajar, mas no tuvo
Donde apoyarse a su paso,
Y, vuelta al cielo la frente,
Rompió de súbito en llanto.
Vino la noche; otro día
Pasó; de nuevo al ocaso
Cayó el sol, y las estrellas
Su helada lumbre le echaron...

En rededor, de los bosques
En lo profundo y arcano,
Sonaba el órgano inmenso
De los rumores sagrados;
El roce, incierto al oído,
Mas por el miedo escuchado,
De las serpientes, que trepan
Del dulce nido al asalto;
El rugir, hondo y bravío,
O el avanzar, lento y cauto
De los tigres y leones
Que van de caza, husmeando...

« Ella en las carnes sentía
El penetrante y helado
Filo de agudo puñal
Que se va hundiendo hasta el cabo,
Un hambre y sed febricientes
La devoraban, en tanto,
Y su alma hería y su cuerpo
La convulsión del espasmo.
Entre el horror de sí misma,
Su corazón, golpeando,
Se derramaba en sollozos,
Voces de angustia y espanto.
Luego, una calma, un sociego
Fué por sus nervios vagando,
Y circuló por sus venas
Como un sabroso desmayo.
Miró hacia el cielo, hacia el bosque,
Y tuvo un ímpetu extraño
De divagar por la selva
Y hender volando el espacio.
Entre asombrada y medrosa,

Vió disminuir su tamaño,
Que emplumecía su cuerpo
Y que eran alas sus brazos;
Y de mujer, en un ave
Viendo su ser transformado,
Abrió las alas primero,
Hizo en el aire un ensayo,
Y, resumiendo en un grito
Todo el horrible pasado,
Todo el dolor de su culpa,
Todo su acerbo quebranto,
Se hundió volando en las selvas».

Pero a este punto, en un árbol,
Sonó el quejido, el sollozo,
El alarido de un llanto
De esos que nacen del fondo
Del alma rota en pedazos,
Y los meleros, absortos,
Retrocediendo, temblaron.

— « No hay que asustarse, — les dijo,
Irguiéndose, el veterano, —
Ese que gime en el bosque
Es el cacui solitario;
Y mientras sufra la patria
Tanto martirio, paisanos,
Y nuestros ranchos no sean
Algo más que pobres ranchos,
¡ Ay ! ¡ porque nunca supimos,
A nuestra vez, ser hermanos,
Se oirá ese grito, ese lloro,
Ese clamor desgarrado ! »

1894

LA LUZ MALA

Larga tropa de carretas
Atraviesa la llanura
Bajo la eterna hermosura
De los radiantes planetas.
Al tarde paso sujetas
De los bueyes, enfiladas,
Salvan lomas y quebradas,
Y en el trébol florecido,
Haciendo áspero ruido,
Hunden las ruedas pesadas.

Vense allí en el claroscuro
De mil vagos resplandores,
Oscilar sus conductores
Sobre el pértigo inseguro.
De llegar no tiene apuro
A su rancho el picador,
Pero, músico y cantor,
Entretiene su camino
Con algún *triste* argentino
Que llora ausencias de amor.

La Cruz del Sud, suspendida
Sobre los campos desiertos
Tiende los brazos abiertos
Hacia la tierra dormida.
Y en la sombra sumergida
Aquella inmensa región,
Llena de mística unción,
Por el trébol perfumada,
Está a sus plantas postrada
Como en perpetua oración.

Súbito brilla á lo lejos
Una luz... la luz maldita,
Cuya historia nunca escrita
Saben jóvenes y viejos.
Vedla: lanza mil reflejos;
Se detiene y humo exhala;
Incendia el campo; resbala
Retorciéndose maligna;
Y cada uno se persigna,
Murmurando: — ¡ La lúz mala !

— « Es el alma de un hermano,
Que, desterrado del cielo,
Solitaria y sin consuelo
Vaga errante por el llano;
Un espíritu cristiano
De crueles ansias lleno,
Que, de la noche en el seno,
Nos ha pedido otras veces
Una cruz y algunas preces
Que lo tornen justo y bueno ».

Así dicen, y entretanto,
Esquivando sus destellos,
Rezan juntos todos ellos,
Olvidados ya del canto;
Y ven, trémulos de espanto,
Cómo la luz resplandece,
Y chispea, y desparece,
Y con nueva brillantez
Ilumina, y cada vez
Más y más grande parece.

Ora se hunde en el bajío,
Ora corre por la loma,
Pero siempre avanza, y toma
Por momentos nuevo brío.
Del horizonte sombrío
Se aproxima a cada instante,
Y hacia atrás y hacia adelante
Huyen las sombras inquietas,
Y se acerca a las carretas
Como un ojo centelleante.

Y, mientras lleno de horror,
Tras esfuerzos sobrehumanos,
Se cubre con ambas manos
Todo el rostro el picador,
El penacho de vapor
Suelto al aire, rauda, altiva,
Rumorosa y convulsiva
Cual un potro desbocado,
Pasa hirviendo por su lado
La veloz locomotiva.

¡Mal hacéis vuestro camino
Paso á paso y lentamente,
Al alcance del torrente,
Antiguo pueblo argentino!
¡Cantad himnos al destino,
Y cuando en noche serená
Brille esa luz, no os dé pena,
No temáis, criollos, por eso,
Que en las vías del progreso
La luz mala es la luz buena!.

1883.

———

ECHEVERRÍA

I

Era esa pampa dilatada y sola,
Sin otra vida que la vida aquella
Que hace rodar la ola
Y girar en los cielos una estrella;
Sin más palabra, que la voz vibrante
Del buitre carnicero,
El alarido de la tribu errante,
Y el soplo del pampero.

Faltaba el alma a la extensión vacía;
A los vientos, del llano,
Un rumor cadencioso, una armonía
Que sólo brota hasta el corazón humano.

Su lumbre derramaba
El sol, siguiendo su fatal camino;

La luna, su destello soñoliento;
Pero al cielo faltaba
Un astro, el astro del amor divino,
Y a la tierra el fulgor del pensamiento.

Sentir, pensar... Suprema, única vida;
Para la sed del alma, —¡única fuente!
Sobre la tierra, que a vivir convida,
¿Bastarnos puede, acaso,
Un astro que se eleva del oriente
Y se oculta en silencio en el ocaso?

Nada dice al espíritu
La noche taciturna,
Encorvando su bóveda sombría
Como una inmensa ürna
Sobre la tierra desmayada y fría,
Si en la sombra lejana
De sus astros sin nombre,
No destella la mente soberana
Y no palpita el corazón del hombre.

El vuelo de las aves,
De la laguna el musical ruido,
Las mil voces süaves
Que el viento imprime al pajonal dormido...
¡Ah! todo ese concierto
En vano resonaba,
Porque allá, sin un eco, se apagaba
¡En los profundos senos del desierto!

II

Llegó por fin el memorable día
En que la patria despertó a los sones
De mágica armonía;
En que todos sus himnos se juntaron
Y súbito estallaron
En la lira inmortal de Echeverría.

Como surgendio de silente abismo,
El mundo americano
Alborozado se escuchó a sí mismo:
El Plata oyó su trueno ;
La pampa, sus rumores;
Y el vergel tucumano,
Prestando oído a su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores.
Desde la hierba humilde,
Hasta el ombú de copa gigantea;
Desde el ave rastrera que no alcanza
De los cielos la altura,
Hasta el chajá que allí se balancea
Y, á cada nube oscura,
A grito herido sus alertas lanza;
Todo tiene un acento
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento,
Que no traiga a sus versos el al ento
De la tierra argentina.

III

Una tarde sintió dentro del pecho
Esa fuerza expansiva
Que hace parezca el horizonte estrecho
De la ciudad nativa;
Y tendido en el lomo rozagante
Del potro ampeano,
Campos y campos devoró anhelante
Y allá en la sombra se perdió del llano.
La noche era tranquila;
En la faz del desierto
Clavaban las estrellas la pupi'a,
Con esa mezcla de ansiedad y pena
Con que miramos en la tierra a un muerto.

¿Qué hablaron al poeta
Esos murmullos de la noche en calma
Del carrizal nacidos,
Que cantan al pasar en los oídos
Y lloran en el alma?
¿Qué histor a le contaron?
¿Qué dolorosa y fúnebre quimera,
Que sus ojos en llanto se empañaron
Y detuvo del potro la carrera?

¡Era que oyó el gemido
De un pecho desgarrado,
Un grito por tres siglos repetido
Y de nadie escuchado!
¡Era que de su lira generosa
Cayó en la cuerda viva,
Como gota de lluvia, luminosa,
La lágrima infeliz de *la cautiva*!

IV

En vano entre sus toldos el salvaje
Esclavizó a *María*:
En sus sueños geniales el poeta,
En el distante aduar, la presentía.
Para él nació; para su gloria fueron
Aquellas formas armoniosas, bellas;
Esos ojos que lágrimas vertieron
Hasta empaparle el corazón con ellas.

El reflejó en su espíritu doliente
Su historia sin ventura;
El la siguió, como paterna sombra,
Por la vasta llanura;
El hizo que las gotas de su llanto
En las almas sensibles se volcaran,
Y los ojos enjutos
De todo un pueblo a humedecer llegaran.

Rosa temprana en un erial caída,
El recogió sus hojas una a una.
Entregadas ¡ oh Dios ! por la fortuna
A todas las tormentas de la vida;
Y en las cadencias de su verso alado,
Dulce, insinuante, musical, sereno,
Vino y vertió su aroma delicado
De nuestra patria en el materno seno.

Desde entonces hay cantos de ternura,
Rumor de besos en la pampa inmensa;
Hay un alma que piensa,
Una fibra que late a cada paso;

Y derrama su lumbre perdurable
El astro hermoso que la vida encierra,
El astro del amor, puro, inefable,
Que no rueda al ocaso,
Que no empañan tormentas de la tierra.

V

¡ República Argentina, madre mía !
¡ Felices ¡ah! los que tu sien miraron
De frescos lauros coronarse un día !
¡ Los que tu suelo estéril fecundaron
Con sangre de sus venas,
Y anillo por anillo, las cadenas
De la aprobiosa esclavitud trozaron !

Para aquellos heroicos corazones
Era música grata,
Del Pacífico al Plata,
El solemne tronar de tus cañones.
Sólo a ellos fué dado
Contemplar esa mágica belleza;
Con que, rotas las brumas del pasado,
Se levantó tu juvenil cabeza;
Sólo a ellos, beber en el reguero
De viva luz, que derramó en tu frente,
De Moreno, la mente,
De San Martín el inflexible acero.

¡ Con qué íntimo gozo,
Tus hijos, fuertes en su amor profundo,
Te colocaron un excelso asiento
Para mostrarte independiente al mundo,
Independiente y libre...
Libre no, que era esclavo el pensamiento !

El filo de la espada
Cortar puede los lazos
Que á un pueblo oprimen de otro pueblo en brazos;
Mas aquellos que inerte
El alma dejan á merced extraña,
Que hasta el rayo de sol en que se baña
Le dan quebrado por ajeno prisma,
Como el diamante con su propio polvo,
Sólo se cortan con el alma misma.

Y Echeverría los cortó. Su mente
Hirió como una espada,
De resplandores acerados llena,
Las viejas ligaduras
Que de la patria la conciencia atada
Tuvieron ¡ay á la conciencia ajena!

¡Y fué la libertad! ¡Y el pensamiento,
Tomó las alas del nativo cóndor
Para escalar audaz el firmamento;
Para arrojar de la región del rayo,
En páginas de fuego,
El *Dogma* excelso que, inspirado en Mayo,
Fué norma y guía de la patria luego!

VI

Profundas melodías
Vagaban en la atmósfera serena,
Como el fúnebre acento de la quena
Que sollozaba en los antiguos días:
Dulces cantos de amor, que eran al alma
Claridad y rocío:

El triste desengaño, el negro hastío,
La esperanza risueña...
¡Ah! ¡todo ese universo
Revivió en los *Consuelos*, y su verso
Se apoderó de la mujer porteña!

El les dijo al oído
Tantos sueños de amor, que el alma encienden;
Tanto vago secreto,
De esos que ellas aprenden
Como las aves a construir su nido,
Que aún su nombre es amado
Como un recuerdo de amorosa historia,
Cuya doliente evocación consuela;
Y aún llevan, en ofrenda a su memoria,
Ornando sus hechizos,
La cándida *diamela*
Que él, con sus manos, enlazó á sus rizos.

VII

Llegó el tiempo fatal, llegó la hora
En que de nubes se cubrió y de duelo
La faz tranquila del hermoso cielo
Que vió de Mayo la primera aurora.
Como fiera traidora
Que avanza oculta en tempestad sombría,
La libertad rasgando y el derecho
¡La garra de la infame tiranía
De Buenos Aires se clavó en el pecho!...

¡ Adios, sueños de amor! ¡adiós, hermosas
Que á la sien del poeta
Ofrenda hicisteis de tejidas rosas !
El todavía, la mirada inquieta,
Vuelve a vosotras, de la nave ingrata
Que lo lleva al destierro y á la muerte
Sobre las olas del airado Plata.

¡ Se ausentó para siempre! Solitario
Quedó su corazón, pues no cabía
En su íntimo santuario,
Otro amor que su patria, ni otro cielo
Que aquel sublime y grande,
Que se dilata del platino estuario,
En arco inmenso, hasta la sien del Ande.

Brotó de su alma, en su postrera noche,
Una lágrima ardiente,
De bendición para la patria ausente;
Para el tirano, de viril reproche;
Y herido al fin por la implacable saña
Del destino, se hundió como los astros,
Dejando en torno luminosos rastros,
En el sepulcro de la tierra extraña ¡

¡ Oh injusticia! ¡oh dolor!... Patria de Mayo,
¿ Dónde están del poeta los despojos ?
¿ Brilla en su tumba de tu sol el rayo ?
¿ La misma luz que acarició sus ojos ?
¿ Duerme, madre, en tu seno
El hijo tuyo, el corazón valiente,
El que ni en llanto humedeció ni en sangre
El vivo lauro que ciñó a tu frente ?

¡ No, que el cantor de la llanura, yace
De su pueblo olvidado !...
Ayer no más, trayendo las cenizas
Del héroe invicto, de primer soldado,
Llena de pompa y luz y movimiento,
Rozando aquella tumba solitaria
Pasó la nave; y su estertor profundo,
Hizo temblar la copa funeraria
De los cipreses, en dolientes coros,
Al huir gallarda á la natal ribera,
Revolviendo las hélices sonoras
Y suelta al aire la triunfal bandera !

¡ Quedó esa tumba abandonada !... Empero,
El fué también libertador; ¡ guerrero
De la lucha más noble !—*La Cautiva*,
Que el sentimiento nacional exalta
Y su estandarte victorioso ondea,
Es como Maipo y Ayacucho y Salta,
¡ El triunfo de una idea !

¡ Poetas ! De la patria es nuestra lira,
La inspiración sagrada
Que en sed de gloria, ¡ al ideal aspira !
Y si queremos de los hijos nuestros
Tan sólo una mirada,
No de frío desdén, de noble orgullo,
Venid, y entrelazadas nuestrad manos,
¡ Sigamos esa estrella que nos guía !
¡ Lancémonos nosotros, sus hermanos,
Por la senda inmortal de Echeverría !

1881.

EL HOGAR PATERNO

A MIS HERMANAS

¡ Oh, mis islas amadas, dulce asilo
De mi primera edad !
¡ Añosos algarrobos, viejos talas
Donde el bayero me enseñó á cantar !

¿ Por qué os dejé, para encerrar mi vida
        En la estrecha ciudad;
Para arrojar mi corazón de niño
De las pasiones en el turbio mar ?...

Como un cisne posado en las riberas
        Del ancho Paraná,
Así, blanco y risueño, se divisa
A la distancia mi paterno hogar.

En los vastos y abiertos corredores
        Que grata sombra dan;
En el cuadro de antiguos paraísos
Que, destrozados, no florecen ya;

En las barrancas que hacia el puerto ondulan
Y avanza al canal,
Do vela el sueño de gloriosos muertos
La solitaria cruz de ñandubay;

En la hondonada que perfuma el molle
Y engalana el chañar;
En el arroyo que las toscas baña;
En ese campo que se extiende allá...

Allí está mi pasado, de mi vida
La inocencia y la paz:
Allí mi madre me acaricia, niño,
Y mis hermanas en redor están.

No bien despunta el sol en el oriente,
Tierno beso nos da;
De rodillas, oramos; y, en seguida,
Puerta franca... ¡la luz, la libertad!

Como bandada de enjaulados pájaros,
Por aquí, por allá,
Al campo el uno, a la barranca el otro,
Nos echábamos todos a volar.

—«Cuidado con los nidos», nos decía
Mi madre, en el umbral;
Pero digan horneros y zorzales
Si les valió la maternal piedad.

Lejos ya de su vista, á un algarrobo
Trepaba el más audaz,
Y con los ojos de mil ansias llenos
Esperaban en grupo los demás.

En el horno de barro, construído
Para vivir y amar,
Introducía sus rosados dedos
El pequeño aprendiz de gavilán;

Y, del pico o el ala destrozada,
¡ Nunca vista crueldad !
Asiendo los polluelos, uno a uno
Los arrojaba con desdén triunfal.

Y era entonces de ver el alboroto
Y el bullicioso afán,
De aquel enjambre de inocentes niños
Que así destría un inocente hogar.

Otras veces, del río en la corriente,
Al cárdeno fulgor
Que desde el fondo de la Pampa envía,
En sesgo rayo, el moribundo sol;

En agitado, en revoltoso grupo,
Y alegre confusión,
Los juncales rozando de la orilla,
Con mis hermanas navegaba yo.

Una, los brazos en el agua hundiendo,
Tendíase a estribor,
Y sonreía a la rizada espuma
Que la canoa abandonaba en pos.

Otra, imprudente, a la inclinada borda
        Lanzándose veloz,
Entre sus manos voctoriosa alzaba
Del camalote la celeste flor.

Esta, la caña de pescar volvía,
        Enviando en derredor
Menudas gotas que al caer brillaban
En los cabellos de las otras dos.

Batiendo luego las rosadas palmas,
        Reía, porque vió
Medrosa hundirse en la corriente un ave
Al desusado y repentino son.

Pero si alguna, al levantar los ojos,
        Mostraba el mirador,
Donde mi madre á vigilarnos iba,
Gritaban todos á la vez: «¡adiós!»

¡ Oh dulces años ! Por entonces era
        Nuestro goce mayor,
Hurtar las flores que en las islas se abren,
Y de sus aves escuchar la voz.

Las pasionarias, las achiras de oro,
        Y el seibo punzó,
Eran ofrendas que mi madre amaba
Porque á sus hijos se las daba Dios.

¡ Ingrato, ingrato si el recuerdo suyo
Arranco al corazón,
Si yendo en pos del oropel mundano
El hombre olvida lo que el niño amó !

Vuelta de Obligado, 1882.

DE LA RIBERA

Ven, sigue de la mano
Al que te amó de niño;
Ven, y juntos lleguemos hasta el bosque
Que está en la margen del paterno río.

¡Oh, cuánto eres hermosa,
Mi amada, en ese sitio!
Sólo por tí, y a reflejar tu frente,
Corriendo baja el Paraná tranquilo.

Para besar tu huella
Fué siempre tan sumiso,
Que, en viéndote llegar, hasta la playa
Manda sus olas sin hacer ruido.

Por eso, porque te ama,
Somos grandes amigos;
Luego, sabe decirte aquellas cosas
Que nunca brotan en los labios míos.

El año que tú faltas,
La flor de sus seíbos,
Como cansada de esperar tus sienes,
Cuelga sus ramos de carmín marchito.

Por la tersa corriente,
Risueños y furtivos,
Como sueltas guirnaldas, no navegan
Los verdes camalotes florecidos.

Sólo inclinan los sauces
Su ramaje sombrío,
Y las aves más tristes, en sus copas
Gimiendo tejen sus ocultos nidos.

Pero llegas..., y el agua,
El bosque, el cielo mismo,
Es como una explosión de mil colores,
Y el aire rompe en sonorosos himnos.

Así la primavera,
Del trópico vecino
Desciende, y canta, repartiendo flores,
Y colgando en las vides los racimos.

¡ Cuál suenan gratamente,
Acordes, en un ritmo,
Del agua el melancólico murmullo
Y el leve susurrar de tu vestido !

¡ Oh, si me fuera dado
Guardar en mis oídos
Para siempre, esta música del alma,
Esta unión de tu ser y de mis ríos !...

Si al borde de los dulces
Raudales argentinos,
Naturaleza levantó mil grutas
De pasionarios y silvestres tilos;

Si de un árbol en otro,
Cruzando entretejidos,
Cual hamacas indianas, los zarzales
Al aire entregan sus flotantes hilos:

¡Es que el amor es dueño
De todo Paraíso!
¡Es que toda belleza de la tierra
Es un fragmento del Edén perdido!
Por eso eres más bella,
Mi amada, en este sitio;
Y es más blanda tu voz, y más ardiente
La lumbre de tus ojos pensativos.

¡Amame, no me olvides,
Amame con delirio;
Bésame con el beso de tus labios,
Como la esposa del cantar divino!

Yo guardaré el secreto,
Lo guardará este asilo,
Donde, ingenuas, se besan las palomas
Ante la augusta majestad del río.

LAS MUSAS

Vivaz, armoniosa,
Risueña y sonrosada,
El trágico coturno
Crujiéndole en las plantas,
Volcado el traje en opulentos pliegues,
La musa excelsa de los griegos pasa.

Batiendo entre las nieblas
Del Rhin la veste blanca,
Tendidas al castillo
Las silenciosas alas,
Desciende, envuelta en claridad de luna,
La pensativa inspiración germánica.

Musa de los cantares,
Noctívaga inflamada,
Las cálidas mejillas
Como abiertas granadas,
La dulce Sulamita, olor de rosas
Por los viñedos de Engadí derrama

Agil, robusta, llena
De resplandores el alma,
Cruzando aquí los llanos,
Trepando allá montañas,
¡ Al ideal, nos grita, á las alturas !
La adolescente musa americana.

1890.

LA PAMPA

I

¿ Qué voz suave, qué sonoro acento
Para cantarte ¡oh Pampa! me demandas ?
¿ Será el rugido atronador del viento ?
¿ Será el susurro de las auras blandas ?

Te veo y me estremezco: mi alma siente
Que tu misma grandeza la aniquila,
Y súbito después alzo la frente
Para encerrarte entre mi audaz pupila.

Entonces algo tuyo me levanta
Y libre como el viento correr quiero...
¡ Bate el caballo su orgullosa planta
Y vuela con impulso de pampero !

Fácil el llano á su vigor se tiende;
Huyendo lejos se adivina el monte;
¡ No hay límite !... la niebla se desprende,
Y a su paso se aleja el horizonte.

« ¡ Más rápido ! ¡más rápido! Entreabierto
Allí está el porvenir en tu camino;
¡ Salta ! ¡vuela! devora ese desierto
¡ Y arráncale el secreto del destino !»

Y el caballo se lanza, ya sediento
De espacio, de huracán y de frescura;
Se desata y se aleja el pensamiento
Como un ave extraviada en la llanura.

El alma sobre el llano se difunde,
Lo abarca sobre el sol al mar distante,
La huella, lo limita, lo confunde,
Lo empapa de su espíritu gigante.

¡Sí! que del potro la veloz carrera
Precipita al abismo los sentidos;
¡El vértigo del alma se apodera
Y se sienten los nervios sacudidos!

El pecho se electriza, se acrecienta;
Se oye golpear un corazón de acero;
Allí el pulmón no vive si no alienta
El soplo poderoso del pampero.

Allí, lejos del hombre, sobre el llano,
Descompuesto el cabello, roto el traje,
Tengo orgullo de ser americano
Y de gozar la libertad salvaje.

Se enardece mi alma; delirante
Arranco el velo al porvenir, ¡cuán bella
La imagen de la patria deslumbrante,
Amor y gloria y juventud destella!

Siento el rumor y el incesante coro
De un pueblo egregio que el progreso guía
Y alzando el alma a Dios, ¡me postro y oro
Ante la imagen de la patria mía!

Entonces quema mi ardorosa mano,
Mi corazón es fuego, mi frente arde...
¡Qué placer si desciende sobre el llano
El ala refrescante de la tarde!

II

La aurora es la belleza que deslumbra,
La juventud, el canto, la armonía;
La tarde es un ensueño en la penumbra,
El beso de la noche con el día.

La tarde de la Pampa misteriosa
No es la tarde del bosque ni del prado:
Es más triste, más bella, más grandiosa,
Más dulce muere bajo el sol dorado.

Ni un rumor escuchais, ningún ruido
En la vasta planicie solitaria,
Sólo un vago y dulcísimo gemido
Como el ruego postrer de una plegaria.

Cual el perfume de flor, abierta
A los besos del céfiro que gira,
El alma se desprende, flota incierta,
Y con las ondas de la luz expira.

El cuerpo desfallece; la mirada,
Como el ave en la mar, sin rumbo vuela,
Sigue la nube errante, y fatigada
La paz profunda de la noche anhela.

Aspiráis de ese cuadro misterioso
Una dulce ideal melancolía;
El corazón, latiendo silencioso,
Parece que desmaya con el día.

Sentís volar a la memoria errantes
Recuerdos de un dolor que no se nombra,
Fantasmas y quimeras vacilantes
Que corren a ocultarse entre la sombra.

Veis surgir, con el alma estremecida,
Los seres que en el mundo habéis amado,
Su sonrisa, su voz querida,
Como un largo sollozo del pasado.

Llega la hora sublime... aquel instante
En que la luz entre la sombra oscila,
En que el mundo desmaya suspirante
Y el alma vuela a su Creador tranquila.

¡A ese instante de unción, no hay quien resista!
Eleva al ignorante, eleva al sabio;
Estático quedáis, fija la vista,
Con el nombre de Dios sellado el labio...

III

Esperáis un momento... Ya la sombra
Sobre el llano sin luz rápida avanza,
Y se agrupan y ruedan en su alfombra
Las nubes de la noche, en lontananza.

Entonces el trueno, retumbando lejos,
Hiere las brisas que en silencio vagan;
Y súbitos y pálidos reflejos
Plomizos velos descubrir amagan.

Esperáis un momento... ¡Centellea
La tempestad que se alza a vuestro paso!
¡El ala del relámpago chispea
Sobre el tétrico fondo del ocaso!

Y rodando mil nubes agrupadas,
Empujan otras y otras de soslayo,
Rasgan sus senos, y túrbidas y airadas
Vivaz arrojan a la tierra el rayo.

Los relámpagos rápidos, vibrantes,
Difundidos en ráfagas violentas,
Parecen las miradas centelleantes
Del Genio colosal de las tormentas.

Sentís hervir la sangre, y os parece
Que, rota vuestra vida, endeble palma,
En las alas del viento se estremece
Libre y audaz y en plenitud vuestra alma.

¡Oh, qué placer!... El pecho, palpitante,
Entreabre vuestra boca... ¿dáis un grito?
¡Lo prolongan los ecos al instante!
¡Lo contesta tronando el infinito!

Imágenes soberbias, atrevidas,
El alma llena de visiones grandes:
Se sueña, tras las nubes encendidas,
¡El Dios del Sinaí sobre los Andes!

O, rasgando los velos del santuario,
Se descubre de súbito a la mente,
La fecunda tragedia del Calvario,
Eterna lumbre del remoto Oriente.

Y envuelto en una atmósfera sin nombre
Se quiebra el trueno en vuestra frente erguida...
Así concibo en mi delirio al hombre,
¡ Figura colosal !... ¡ rey de la vida !

¡Dadme la Pampa así! ¡Súbito el rayo
Centellee en mi frente y zumbe luego !
La tempestad no es sueño, no es desmayo:
¡ Es vida, es trueno, es luz, es fiebre, es fuego!

1872.

———

PENSAMIENTO

A bañarse en la gota de rocío
Que halló en las flores vacilante cuna,
En las noches de estío
Desciende el rayo de la blanca luna.
Así, en las horas de celeste calma
Y dulce desvarío,
Hay en mi alma una gota de tu alma
Donde se baña el pensamiento mío.

EL SEIBO

Yo tengo mis recuerdos asidos a tus hojas,
Yo te amo como se ama la sombra del hogar,
Risueño compañero del alba de mi vida,
Seíbo esplendoroso del regio Paraná.

Las horas del estío pasadas a tu sombra,
Pendiente de tus brazos mi hamaca guaraní,
Eternas vibraciones dejaron en mi pecho,
Tesoro de armonías que llevo al porvenir.

Y muchas veces, muchas, mi frente enardecida,
Tostada por el rayo del sol meridional,
Brumosa con la niebla de luz del pensamiento,
Buscó bajo su copa frescura y soledad.

Allí, bajo las ramas nerviosas y apartadas,
Teniendo por doseles tus flores de carmín,
También su hogar aéreo suspenden los boyeros,
Columpio predilecto del céfiro feliz.

Se arrojan en tus brazos, pidiéndoles apoyo,
Mil suertes de lianas de múltiple color;
Y abriendo vistorioso tus flores carmesíes,
Guirnalda de las islas, coronas su mansión.

Recuerdo aquellas ondas azules y risueñas
Que en torno repetían las glorias de tu sien,
Y aquellas que el pampero, sonoras y tendidas,
Lanzaba cual un manto de espumas a tu pie.

Evoco aquellas tardes doradas y tranquilas,
Cargadas de perfumes, de cantos y de amor,
En que los vagos sueños que duermen en el alma
Despiertan en las notas de blanda vibración.

Entonces los rumores que viven en tus hojas,
Confunden con las alas su música fugaz,
Y se oyeron de las aves los vuelos y los roces
Vagando entre las cintas del verde totoral.

¡ Momentos deliciosos de olvido, de esperanza !
¡ Detellos que iluminan la hermosa juventud !
¡ Aquí es donde se sueña la virgen prometida
Y es lumbre de sus ojos la ráfaga de luz !

Amigo de la infancia, te pido de rodillas
Que el día en que a mi amada le sirvas de dosel,
Me des una flor tuya, la flor mejorabierta,
Para ceñir con ella la nieve de su sien.

¡Que nunca Dios me niegue tu sombra bienhechora,
Seíbo de mis islas, señor del Paraná!
¡Que pueda con mis versos dejar contigo el alma
Viviendo de tu vida, gozando de tu paz!

¡Ah! cuando nada reste de tu cantor y seas
Su solo monumento, su pompa funeral,
¡Yo sé que en la corteza de tu musgoso tronco
Alguna mano amiga mi nombre ha de grabar!

1875.

SOMBRA

¿Y has podido dudar del alma mia?
¿De mi que nunca de tu amor dudé?
¡ Dudar ! cuando eres mi naciente día,
¡ Mi solo orgullo, mi soñado bien !

¡Dudar ! sabiendo que en tu sér reposa
Cuanta esperanza palpitó en mi sér,
Y que mis sueños de color de rosa
¡ El ala inclinan a besar tu sien !

Por eso, lleno de profundo anhelo,
Me oyó la tarde, divagando ayer,
Decir al valle, preguntar al cielo :
¿ Por qué ha dudado de mi amor, por qué ?

La luz rosada de la tarde bella,
Huyó a mis pasos para no volver;
Y la naciente, luminosa estrella,
Veló sus rayos para huir también.

Y mudo, triste, solitario, errante,
El alma enferma, por primera vez,
Hundí en la sombra, y se apagó un instante
La lúz celeste de mi antigua fe.

Perdido en medio de la noche en calma,
Brumoso el río que nos vió nacer,
De alzar el vuelo a la región del alma
Sentí la viva, la profunda sed.

¡ Fugaz deseo ! Tu inmortal cariño
Ardió en la noche, y en su llama cruel
La mariposa de mi amor de niño
Quemó sus alas y cayó a tus pies.

———

A BALCARCE [1]

«*¡No todos, no todos se olviden de mí!*»

BALCARCE

No has muerto, poeta: tu acento querido
Vibrando en el alma del pueblo quedó
Y un eco perenne nos dice al oído:
¡Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós!

De cuantos cantores honraron su historia,
Ninguno más dulce, más tierno que tú.
Ninguno ha dejado más blanca memoria,
Ni lleva en la frente más cándida luz.

---

(1) Florencio Balcarce era hijo del General don Antonio González Balcarce, y de doña Dominga Buchardo. Nació el 22 de Febrero de 1819 y cultivó con éxito la gaya ciencia, siendo una de sus composiciones más celebradas la que tiene por título «El Cigarro», que aparece en numerosas antologías. Murió el 16 de Marzo de 1839.

En 1869 don Juan María Gutiérrez publicó sus poesías con un juicio crítico-biográfico.—*(J. A. S.)*.

El mismo sepulcro no tiene tinieblas
Que basten a hurtarnos su vivo fulgor,
Pues tú las divides y apartas y pueblas,
Con sólo tu nombre, de rayos de sol.

Tu sueño se cumple: la patria adelanta,
Sus frutos opimos nos brinda la paz ;
Los granos de polvo que el viento levanta
Cayeron un día... tú, nunca caerás.

Profeta inconsciente, cual todo profeta,
Tiranos y errores miraste caer;
Y amigos yo he visto del niño poeta
Con frentes ya calvas dictando la ley.

Durante la infancia, tu «adiós» me decía
Las ansias secretas del próximo fin,
Y tu alma volcaba, llenando la mía,
Tristezas que nunca se fueron de mí.

Por eso en tu estrofa que amé desde niño,
Tus dos o tres hojas de tierno laurel,
Ha puesto mi mano, con hondo cariño,
En esta guirnalda que enlazo a tu sien.

1882,

HOJAS

¿ Ves aquel sauce, bien mío,
Que, en doliente languidez,
Se inclina al cauce sombrío,
Enamorado tal vez
De las espumas del río ?

¿ Oyes el roce constante
De su ramaje sediento,
Y aquel suspiro incesante
Que de su copa oscilante
Arranca tímido el viento ?

Mañana, cuando sus rojas
Auroras pierda el estío,
Lo verás, húmedo y frío,
Ir arrojando sus hojas
Sobre la espuma del río;

Y que ella, en rizos livianos
Llevando la hoja caída,
Las selvas cruza y los llanos...
¡Para dejarla sin vida
En los recodos lejanos!

¡Ah! ¡cuán ingrata serías,
Y cuán hondo mi dolor,
Si estas hojas, que son mías,
Abandonara, ya frías,
Como la espuma, tu amor!

———

UN CUENTO DE LAS OLAS

A CELMIRA JURADO

¿ Quién no ha visto en las orillas
Del hermoso Paraná,
Esa banda, siempre verde,
Siempre móvil del juncal ?

En las horas de la siesta,
Cuando todo duerme en paz,
En las cuerdas de esa lira
Van las olas á cantar.

Almas buenas y sencillas,
Venid todas, y escuchad
Lo que dicen esas olas
En el arpa del juncal.

Cuando el delta en muda calma
Bajo el sol de enero está,
Y el silencio es más sensible
Porque arrulla la torcaz,

Ellas cuentan una historia
Que repiten sin cesar,
Una historia en que hay un nido
Y un cantor del Paraná.

Sucedió que en varios juncos
Reunidos en un haz,
Con totoras y hojas secas
Hizo nido un cardenal.

Con qué orgullo miró el ave,
Bajo el sol primaveral,
Sobre el agua movediza
Columpiándose, su hogar!

Una rama de un seíbo,
Inclinada hacia el raudal,
Le dió sombras, flores rojas...
Cuanto un árbol puede dar.

Y extendiendo hasta aquel nido
Largo vástago un rosal,
Fué en sus bordes, la mejilla
De una rosa á reclinar.

¡Qué contenta estaba el ave!
¡Qué prodijio musical
Era entonces su garganta!
¡Qué inquietudes y qué afan!...

Pasó el tiempo. En el estío
Los polluelos no son ya
Tan pequeños, y hasta suelen
Breves trinos ensayar.

Pero el frío fué creciendo,
Fué creciendo más y más,
Y hubo un día en que una ola
Saltó al seno del hogar.

¡ Qué aleteos bulliciosos
Les produjo el golpe audaz !...
Siempre ha sido de la infancia
Festejar la tempestad.

Recio viento de los llanos
Una tarde hirió la faz,
Con el choque de sus alas,
Del soberbio Paraná;

Y las olas, irritadas,
Empinándose á luchar,
En espuma convirtieron
Su serena majestad.

¡Cómo duermen los pequeños
Mientras brama el huracán
Y las ondas los salpican
Con su polvo de cristal !

Se vió el nido estremecerse,
Y a su empuje, vacilar,
Mas sus crestas no alcanzaron
A la altura del juncal.

Pues si el río fué creciendo
Cada día más y más,
El también fué levantando
Sus varillas a la par.

Almas buenas y sencillas
Que en la tierra hacéis hogar,
Elegidlo con la ciencia
Del pintado cardenal.

1882.

———

VISION

Se sueña, se presiente, se adivina,
Estremécese el labio y no la nombra;
El alba la ve huir de la colina
Velada entre los pliegues de la sombra,

Espira el melancólico perfume
De la rosa de un fénetro olvidada;
Se deshace en incienso, se consume
A la rápida luz de una mirada.

Hermana de la tarde, pensativa
En el fondo del valle resplandece;
Un instante deslumbra, y fugitiva
En el pálido azul se desvanece.

1871.

———

LOS HORNEROS

A Felicia Dorrego del Solar.

I

¿Es prosaico este título, Felicia ?
Te diré la verdad :
Cuanda canta un poeta, donde quiera
Brota del arte el límpido raudal.

¿ Has visto desde ayer cómo las jóvenes
Más rosadas están,
Cómo hay algo en sus faldas armoniosas
Del revuelo gentil de la torcaz ?

Pues con esto, Felicia, ya sabemos
Quien anda por acá:
¡ La ardiente, infatigable tejedora
De nupciales guirnaldas de azahar !

La dulce Primavera, que desdeña
La estéril soledad,
Y entre el alma del joven y la niña
Entreteje las flores del rosal.

—Se cuida de nosotros, no de pájaros,—
Sin duda me dirás;
Pero así que la sienten los horneros,
¡ También revuelan con intenso afán !

En torno giran del ombú, que empieza
Sus hojas a mostrar,
Y estremeciendo las rojizas plumas,
De rama en rama tropezando van.

Arrójanse de lo alto, como heridos
De congoja mortal;
El rocío, a los golpes de sus alas,
Salta en gotas de luz del trebolar;

Y después, en la noche, se reposan
En dulce intimidad,
La cabeza adormecida bajo el ala
Con los santos ensueños del hogar.

II

Era horrible aquel año la sequía:
Un soplo abrasador
De la tierra argentina calcinaba
La fecunda y magnífica región.

Mugían en los campos los ganados,
Ya trémula la voz,
Y los pacientes bueyes escarbaban
La tierra estéril, sorda a su clamor.

El potro de las pampas, que otro tiempo,
Nervioso y vencedor,
A Chile y al Perú, nuestros hermanos,
Con San Martín la libertad llevó,

Sobre el inmenso llano, que a sus cascos
Era breve extensión,
Hasta del vil chimango presa inerme,
Con fúnebres relinchos, ¡ expiró !

Implacable, entre cárdenos vapores,
Su fuego arroja el sol,
Y en errantes columnas, lanza el viento
Remolinos de polvo abrasador.

Ya no entonan alegres los horneros
Su vibrante canción:
Pasan mustios, callados, largos días
A la sombra del árbol protector.

Ven, en sueños, nidadas de polluelos,
Y, en paterna ilusión,
Sienten ya bajo el ala cariñosa
De sus hijos el grupo bullidor.

No padecen de sed, porque el rocío
Que en la noche cayó
Entre las hojas del ombú, les brinda
Refrescante y purísimo licor;

Ni víctimas del hambre desfallecen,
Porque en toda estación,
Ya en el suelo aprisionan, ya en los aires,
Las alas del insecto volador:

Están tristes y mudos los horneros,
No entonan su canción,
Porque son arquitectos, y no hay barro
Para hacer el palacio de su amor.

III

¡ Gloria a Dios en la tierra y en el cielo !
¡ De occidente se ve
Avanzar densa nube color plomo,
Ceñida de relámpagos la sien !

Vuela el polvo batido por las gotas
Que empiezan á caer,
Y el olor desabrido de la lluvia
Es fragancia al espíritu esta vez.

Con frenético impulso, los ganados
Descienden en tropel
Al polvoroso lecho del arroyo,
Donde tantos murieron hasta ayer.

A manera de elásticas neblinas,
Las aves, cien á cien,
Sobre cada laguna se dispersan
Y se abaten de súbito después.

Las cercetas, los ánades azules,
Difunden, a la vez,
El chasquido de bronce de sus alas,
Barriendo el agua para hallar sostén.

Entretanto, redobla el aguacero,
Y hasta el rayo cruel,
Al herir la llanura á latigazos,
¡ Parece que la hiere por su bien !

Llovió mucho, muchísimo, y al cabo
Volvió el sol á verter
Su luz sobre las charcas y lagunas,
Que en tersa plata relucir se ven.

Irradiaba el ombú luces metálicas
De la copa hasta el pie,
Y volaron al campo los horneros
Batiendo el ala con vivaz placer.

IV

El anhelo, el afán que lo domina,
¡ Quién pudiera decir !
¡ Quién pintar de sus baños en los charcos,
El veloz aleteo, el frenesí !

¡ Y sus cantos vibrantes, repetidos,
Que resuenan al fin,
Cual si niños robustos y felices
Se echaran como locos a reir !

Dan principio después a la tarea
Con ansiedad febril;
A la dulce tarea de ir alzando
Los recios muros de un hogar feliz.

Van y vienen, trayendo entre sus picos
Ora paja, ora crin,
Que amasada con barro, en un cemento
Mejor que el portland se convierte allí.

Luego suelen un poste, una cumbrera,
Un árbol elegir
Para alzar el palacio, cuyos planos
Saben ya de memoria porque sí.

El pico, convertido en ingeniosa
Cuchara de albañil,
Que hasta el mismo Palladio enviadiaría
Si hubiera estado alguna vez aquí,

El cimiento comienzan de la fábrica
Un círculo a construir:
Una puerta, un pasillo y una alcoba...
¡ Cuán poco basta para ser feliz !

Los muros, encorvándose, terminan
En bóveda gentil,
Y ni lluvias alcanzan ni huracanes
El flamante palacio a destruir.

Poco tiempo después, ambos esposos
Dan caza al alguacil,
A la abeja, a la oruga, y en la alcoba
Se oye un grato incesante rebullir.

Al ceñirse una aurora del estío
Su nimbo carmesí,
Vió a la puerta agrupados los polluelos,
Y a sus padres, llamarlos a vivir;

Luego, abiertas las alas inseguras
Bajo el cielo turquí,
Arrojarse a los campos de la patria
La familia inmortal del albañil.

V

¡ Ah, cuán triste, Felicia, es ver que todo
Lo argentino se va !
¡ La antigua sencillez de la familia !
¡ La sombra de la casa paternal !

¡ Que la fe de los héroes y las madres
Apagándose está !
¡ Que no irán nuestros hijos desgraciados
De nuestros templos al divino altar !

¡ Que todo cuanto existe, cuanto amamos
Mañana olvidarán,
Porque es ley antipática del hombre
Echar por tierra lo que adora más !

Con el rancho argentino, los ombúes
Van cayendo, en verdad,
Y polvo vendrá a ser cuanto recuerda
Nuestra antigua grandeza nacional;

¡ Mas, por siempre, la choza del hornero
En símbolo será
El rancho de la raza vencedora
De Salta y San Lorenzo y Tucumán !

Eres madre, Felicia, y eres nieta
    De un patriota inmortal... (1)
¡ Dios bendiga a tus hijos ! ¡ Dios los llene
De las virtudes del paterno hogar !

---

(1) El poeta se refiere al coronel Manuel Dorrego, hermano d
don Luis Dorrego, antepasado de la señora á quien es dedicad
esta poesía.—(J. A. S.).

PRIMAVERA

Comenzaba a reir la primavera
    Cuando, por vez primera,
Casi niños los dos nos conocimos;
Y llegaron las horas venturosas
    Que, abiertas con las rosas,
Crecieron á la par con los racimos.

Radiaba de su cándida belleza
    Aquel fulgor que empieza
A derramar el sol en la alborada,
Que, al sonrosar la juventud naciente,
    Es rubor en la frente
Y rayo de pasión en la mirada.

Y le dije mi amor el primer día
    (Que entonces no sabía
Ahogar el corazón dentro del pecho),
Vagando por las sendas arboladas
    Y frescas enramadas
Donde se eleva su paterno techo.

E la oyó mis palabras indecisa,
Mas su dulce sonrisa
Trocó de pronto en gravedad severa;
Y tomando un camino sombreado,
Se alejó de mi lado
Desdeñosa, es verdad, pero hechicera.

¡Oh, qué interno y cruel remordimiento
Nubló mi pensamiento!
Juré, inocente, mi futura enmienda;
Y, hundido de mi culpa en el abismo,
Huyendo de mí mismo,
Tomé del bosque por contraria senda.

¡Desengaños de amor! ¡de las pasiones
Amargas decepciones!
¡ Cómo desmaya el corazón herido¡
¡ Cómo en torno parece que se siente
Un sollozo doliente
Que se estrella perenne en el oído!

«¡Ah! ¿por qué fuí con ella tan osado?
Decía despechado.
¿Por qué no supe respetar la calma
De su inocente juventud dormida,
Y al lago de esa vida
Como una piedra desplomé mi alma?»

Y vagaba, vagaba a la ventura,
Como en la selva oscura
Ave extranjera demandando abrigo,
Cuando al doblar la senda tortuosa,
¡Casualidad dichosa!
Yo me encontré con ella, ella conmigo.

Sentí verguenza, irritación, desprecio
De mi arrebato necio;
Y si postrado no caí de hinojos
Y hasta sus plantas no llegué sumiso,
Fué porque ella no quiso
Llamarme, cual solía, con los ojos.

No: sin mirarme atravesó el camino;
Y de un rosal vecino,
Una flor escogió, fresca y lozana,
Una rosa encendida, que no era
Sólo copia hechicera,
Sino también de su mejilla hermana.

Pero cuando, al ponerla en su cabello,
Un rosado destello
Se derramó obre su sien de armiño,
«Ciego, loco tal vez, aunque no absuelto,
Me adelanté, resuelto
A ofenderla otra vez con mi cariño!

Al sentirme llegar, alzó la frente,
Y casi indiferente,
Como el que al bien una venganza inmola,
Me dijo, el bello rostro sonreído:
—«¿Creerás?... No te he sentido.
¿Por qué te apartas y me dejas sola?»

No supe contestarle. Aquel acento...
Mi corazón, sediento
De las visiones que creó soñando...
El reciente dolor... la ofensa impía...
¡Ay! ¡todo el alma mía
Estalló en su presencia sollozando!

Y ella también, la juvenil cabeza,
Más bella en su tristeza,
Sobre mi pecho abandonó, llorosa;
Y en aquel arrebato delirante,
Quedó por un instante
Bajo mis labios la encendida rosa.

—«Tómala, es tuya», me decía
Cuando en suave alegría
Nuestro primer dolor se hubo trocado;
Y desde entonces, dichas me parecen
Enojos que florecen
No bien con dulce llanto se han regado.

OFRENDA

¡Ah! yo que en torno de tu sien he visto
Perennemente suspendida el alba,
Y encenderse en el cielo de tus ojos
Como una estrella el esplandor de tu alma,
He querido mi ofrenda de poeta
Consagrar á tu imagen solitaria,
Azucena de luz, donde mi espíritu
Posó un instante las ligeras alas.

LIMA

Lima fué desde mi infancia
Aquel albergue querido
Que se sueña como un nido
Blando y tibio a la distancia.
Toda luz, ritmo, fragancia,
Me ofrecía de sus lares
Las rosas, los azahares,
La malicie voluptuosa,
Y la pasión de la esposa
Del Cantar de los cantares.

Después... la vi desgraciada,
Mártir la vi del destino,
Y tuve, como argentino,
Mi dolor, en la jornada.
De Grau la enseña sagrada
Se hundió en un mar sin ribera,
Y yo, herido en la quimera
De aquel ensueño tan tierno,
Puse allá, en mi hogar paterno,
A media asta mi bandera.

1896.

A LA SOMBRA DEL SAUZAL

Brinda albergue sin igual,
En las siestas del estío,
A las márgenes del río
Melancólico sauzal.

Todo tiene allí la unción
De lo eterno y lo distante,
Y hay un aura refrescante
Que acaricia el corazón.

De las ramas, enarcadas
Bajo el peso de los nidos,
Vuelan trémulos gemidos
Y penumbras sonrosadas.

Sin el ¡ay! de las congojas,
Sin lo amargo de la pena,
Habla el eco que allí suena
El lenguaje de las hojas.

¡El lenguaje cuya inquieta
Voz vibrante y sin aliño,
Dialogaba desde niño
Con mis sueños de poeta!

Sed de amor y de reposo
El espíritu allí siente,
Difundido en el ambiente
Como un hábito glorioso.

No han soñado el ideal
Ni su encanto conocieron,
Los que nunca se adurmieron
A la sombra del sauzal.

Blanca virgen, que no esquiva
Las caricias de su dueño,
Al conjuro de su ensueño
Se adelanta pensativa.

Aura errante, placentera
Mueve la onda luminosa
De la rubia, de su hermosa
Desbordada cabellera.

En la sombra se adivina
El destello que la inunda,
Y espumosa la circunda
La flotante muselina.

Suele a veces levantar
A los cielos la mirada,
Como tórtola agitada
Por el ansia de volar.

Y las ramas, que la ven
Palpitante, de la altura
Caen en arcos de verdura
Sobre el arco de su sien.

Y rendidas a su imperio,
Bulliciosas la consultan,
Y se elevan, y la ocultan,
En el seno del misterio...

¡ Ah ! su imagen celestial
En un sueño del estío:
¡ Luz y niebla de algún río,
Divagando en el sauzal!

———

LA FLOR DEL AIRE

Aquel que en el pecho del ave inocente
Pusiera una cuerda del arpa divina,
Rumor en el árbol
Y espuma en la linfa,
Formó para el mundo las flores del aire
De llanto de amores y de alas de brisas.

Jamás en su blanco purísimo seno
El sol ha clavado su ardiente pupila:
De tanta frescura
Sus rayos desvía;
Y sólo en las noches de amor y misterio,
La luna en secreto las besa y las mima.

En torno a su cáliz el húmedo aroma
Del beso de un niño volando palpita;
Sus hojas, plegadas
En leves sonrisas,
Avivan del alma los sueños hermosos,
Demandan suspiros y ofrecen caricias.

Pendiente del flanco de la árida roca,
Su cándido aspecto de estrella dormida
Devuelve al presente
Las horas perdidas,
Y abriéndose al soplo de tanto recuerdo,
Posada en sus hojas el alma vacila.

Su dulce fragancia difunde en el aire
Promesas de vagas, celestes delicias...
El pecho se ensancha,
La frente se inclina,
Y el alma, batiendo las alas del ángel,
Escapa del mundo sedienta la vida.

1878.

BASTA Y SOBRA

¿ Tú piensas que te quiero por hermosa,
Por tu dulce mirar,
Por tus mejillas de color de rosa ?
Sí, por eso y por buena, nada más.

¿ Que entregada á la música y las flores,
No aprendes á danzar ?
Pues me alegra que lo ignores;
Yo te quiero por buena, nada más.

¿ Que tu ignorancia raya en lo sublime,
De Atila y Gengis-Khan ?
¡ Qué muchacha tan ciega !... Pero, dime:
¿ Si lo supieras, te querría más ?

Bien se están con su ciencia los doctores:
La tuya es el hogar;
Los niños y la música y las flores,
Bastan y sobra para amarte más.

———

AYOHUMA

A Carlos Vega Belgrano. (1)

Esas músicas que están
Resonando de tal suerte,
Son la voz perenne y fuerte
Del clarín de Tucumán;
Y aquellas que al aire van
Veloces, rumbo a la gloria,
Son el eco que en la historia
Nos conmueve y nos exalta,
De las campanas de Salta
Que están gritando: ¡victoria!

¡Belgrano! ¡Libertador!
¡Nuestro primer ciudadano¡
¿Quién dice *Manuel Belgrano*
Sin que se sienta mejor?...
Pudo el destinado traidor
Que a tanta virtud abruma,
Arrojar la densa bruma
De Vicapugio a tu frente,
Y basta hundirte en la inclemente
Noche inmensa de Ayohuma;

---

(1) Carlos Vega Belgrano, amigo del poeta desde los primeros años de su juventud y ultimamente, su compañero de tareas en la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, dignamente presidida por el Dr. Miguel F. Rodríguez, es nieto por línea materna del vencedor de Tucumán y Salta.—*(J. A. S.)*.

Pero no pudo, en su afán,
Dejar muda la voz alta
De las campanas de Salta,
Del clarín de Tucumán...
Y allá suenan, allá van
Veloces, rumbo a la gloria,
Desbordando de la historia
Sobre el Andes, sobre el llano,
Diciendo a todos: ¡ Belgrano !
Clamando a gritos: ¡ victoria !

Voz que alienta, himno que suma
Nuestras glorias, y aún dormidos
Oyen los muertos queridos
De la pampa de Ayohuma;
Voz que animadas exhuma
Y entrega a nuestras visiones
Aquellas santas legiones
De la patria y su bandera,
En cuyo sol reverbera
Siempre fuego de cañones.

¡ Ayohuma ! ¡ Ingrato día
En que, rasgada la entraña,
Sola, en áspera montaña,
La dulce patria moría !
Exangüe ya, se batía
Por las áridas mesetas,
Y las columnas inquietas
Del ejército español
La envolvían, bajo el sol,
En chispear de bayonetas.

Tras la carga resistida,
Su misma sangre pisando,
Iba la Patria arrojando
A borbotones la vida.
Zelaya, suelta la brida,
Con sus jinetes se avanza,
Y a limpio bote de lanza
Hace en las filas reales
Callar las dianas triunfales,
Rugir la adusta venganza.

Superi rueda al abismo
Y los infantes de Cano;
Solo atraviesa aquel llano,
Solo, confiado en sí mismo,
El que en su heroico idealismo
Se goza hendiendo leones,
El que no cuenta legiones
Y es personal en la lid:
¡Solo se va La Madrid
A acuchillar los cañones!

Mas ¡ay! en vano irradiaron
Luz esplendente sus hechos:
En pelotones, deshechos,
De cuesta en cuesta rodaron...
Pero en Zelaya vibraron...
Los arrebatos postreros:
Vuelve á trepar los senderos
Que el español desaloja,
Y a contenerlo se arroja
Con su turbión de lanceros...

En la profunda quebrada,
Al pie del cerro vecino,
Suena el clarín argentino
Tocando inmensa llamada.
Sereno el pecho, la espada
A mal guardar, la visera
Alta en la frente guerrera,
Marcial y firme la planta,
Manuel Belgrano levanta
Con muda fe su bandera.

Al gran clamor obedientes,
Van los dispersos llegando,
Unos, bravíos, alzando
Las armas resplandecientes;
Aquéllos mustios, dolientes,
Llenos de afán y sonrojos;
Otros, más que hombres, despojos;
Que, arrastrando su desmayo,
En la bandera de Mayo
Ponen el alma y los ojos.

Firmes, en cuatro formaron,
Y, á un breve toque marcial,
Se arrodilló el general...
Y todos se arrodillaron.
Como en Tucumán, alzaron
La oración que el alma exhala,
Y que fué, tendida el ala,
Hacia las místicas redes
De la Virgen de Mercedes,
Su radiante generala.

Del cuadro, en fúnefre son,
Se difunde en ese instante
Un hervor de agonizante
Que estremece el corazón.
Perturbando la oración,
Jura, impío, un veterano,
Otro al hijo llama en vano,
Aquél se alza a una descarga,
Y, delirando: «¡ á la carga !»
Rueda a los pies de Belgrano.

Un silencio va cundiendo
Grave, triste, religioso,
Que a veces rompe, rabioso,
De un fusilazo el estruendo.
Suelta el sol, que está muriendo,
Su corona rota al mar,
Y se oye al lejos sonar
Como estertor de aquel día,
Vagarosa melodía
Que va llorando al pasar...

1892.

EL CAMALOTE

Hay en los ríos americanos
Que al sur descienden del ecuador,
Un camalote que mis paisanos
Le llaman hojas de corazón.

En cierto arroyo manso y profundo
Nace en un día primaveral,
Y, ya crecido, se arroja al mundo
De las corrientes del Paraná.

Mueven sus hojas auras amigas,
A toda vela marcha feliz,
Y en él reposa de sus fatigas
La abeja errante del camuatí.

Verde y pomposo, va sin descanso
Arrebatado por el raudal,
O prisionero de algún remanso
Gira irradiando felicidad.

Hasta que un día, nubes de duelo
Se arremolinan, se cubre el sol,
Hierven las aguas y el alto cielo
Despide el rayo deslumbrador.

Las ondas ruedan; en sus furores
Se despedazan en el juncal,
Y en fácil vuelo los rayadores
Al sesgo hienden el huracán.

¿Creeréis que entonces muere ó desmaya
El camalote de corazón ?
Pues bien, sabedlo: corre á la playa
Y allí se arraiga y alza su flor.

Sin las tormentas, descendería
Entre caricias al vasto mar...
Será un misterio, pero hay un día
En que nos salva la tempestad.

1888.

A UNA NIÑA

EN SU ALBUM

¿ Versos ? ¡ y tienes dieciséis años !
Mira, los versos mejores son :
No tener penas ni desengaños,
Vivir esclavo de una ilusión.

Cantos alados, rimas inquietas,
Desde tu seno vienen a mí :
Más que en la lira de los poetas,
Hay armonías dentro de tí.

Deja que vuele tu fantasía,
Pon en sus alas todo tu sér,
Que allí se encuentra la poesía
Donde va el alma de una mujer.

Nunca las bellas formas ligeras
Que los poetas hacen vivir,
Vierten la lumbre de esas quimeras
Que hay en el fondo del porvenir.

Duérmete y sueña. Mientras reposas,
Verás cuál vuelan en derredor,
Como un enjambre de mariposas,
Tus ilusiones de flor en flor.

Hay en la vida sólo una hora
De inexplicable santa embriaguez,
Y es cuando el alma como una aurora
Rompe las sombras de la niñez.

Se aclaran, brillan los horizontes;
Sienten las selvas vaga inquietud;
Florece el día sobre los montes;
¡Ama y palpita la juventud!

¡Santos delirios! De esos engaños
Huye vencida la inspiración:
Cuando se tienen tan pocos años,
No hay mejor lira que el corazón.

1879.

EL NIDO DE BOYEROS

A MERCEDES OBLIGADO

Yo conozco en las islas un arroyo
Eternamente límpido y sereno,
Que parece, tendido sobre los sauces,
Larga cinta de acero.

Sonríen al pasar todas sus aguas
Del camalote azul bajo el reflejo,
Y del rosal silvestre se iluminan
Al cárdeno destello.

En la vecina estancia hay una niña
De trece años lo más, quizá de menos,
Muy dada a pasear por el arroyo
Tranquilo de mi cuento.

Se le ve en la canoa (una canoa
Pequeña y blanca, con filetes negros),
Reclinada en la popa, y con la pala
Que le sirve de remo.

Unas veces, bogando lentamente
Por la margen, la lleva su deseo
A elegir una flor, y va regando
    Las aguas con sus pétalos;

Otras, impulsa con vigor la pala,
Quedan detrás girando mil hoyuelos,
Y al aire se desatan en manojos,
    Sus lúcidos cabellos.

Perturban el silencio de las islas
Sus gritos y sus risas, que los ecos
Con musical cadencia desparraman
    Vibrantes a lo lejos.

Fatigada abandona, destilando,
Sobre la falda atravesado el remo;
Y tal, semeja un cisne que dispone
    Las alas para el vuelo.

Suele verme al pasar, y me amenaza,
Fingiéndose enojada, con el dedo;
Del recodo inmediato, vuelve el rostro
    Y me grita: «¡ hasta luego !»

Pero ayer sucedió que mientras iba
Buscando sombra para el sol de enero
Vió colgado á un laurel, sobre las aguas,
    Un nido de boyeros.

Era hermoso, en verdad: resplandecían
Las fibras de cardón en largo cesto,
Y al rumor del laurel se columpiaba
    Con la igualdad de un péndulo.

La niña, puesta en pie sobre la popa,
Tendió los brazos a bajarlo en ellos,
Pero desvióle el nido una imprevista
Trepidación del viento.

Ya la mangas caídas, los desnudos
Mórbidos brazos levantó de nuevo,
Y, balanceada entonces la canoa,
La derribó en su asiento.

Irguióse al punto, en actitud airada,
Golpeóla fuerte el corazón el pecho,
Y alzó la pala a derribar el nido,
Con implacable ceño.

Sobre la copa del laurel, un ave
Negra y brillante, reposó su vuelo;
Y por toda: las islas resonaron
Los cantos del boyero.

Llevó la joven al cantor los ojos,
Bajó la pala y escuchó en silencio...
¡Qué intensas van las amorosas nota:
De las niñas a seno

Oyó después, cuando callada el ave,
Embebecida se quedó un momento,
Salir del nido un delicio o y blando
Susurro de polluelos.

—«¡Ay, no duermen!» se dijo, y con la pala
Ingenuamente se entregó a mecerlos...
Pero vióme de pronto, y encendida
Abandonó su empeño.

Sucede desde ayer que mi vecina,
Al volver lentamente de regreso,
No me quiere mirar, ni me amenaza
Como antes, con el dedo.

Es inútil negarme tus miradas,
Valiente remadora de ojos negros,
No dormirás ya en paz, porque conoces
El nido de boyeros.

———

ACUARELA

CANCIÓN INFANTIL

Es la mañana: lirios y rosas
Mueve la brisa primaveral,
Y en los jardines las mariposas
Vuelan y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
Va á juntar flores para mamá,
Y es tan hermosa que hasta la aurora
Vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavellina,
De pensamiento y de arrayán,
Gira su traje de muselina,
Su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
Y cuando en ellas no caben más,
Con su tesoro de mil colores
Vuelve a los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
Sus dos mejillas se ven brillar,
Y la persiguen las mariposas
Que en los jardines vienen y van.

AL PARTIR

¿ Es verdad que te ausentas de la patria
Donde a la aurora, por primera vez,
El sol de Mayo te envolvió en su lumbre
Y a lá en la cuna te besó la sien?

¿ Es verdad que te apartas de ese nido
En cuyos bordes, aleteando ayer,
Ensayaba su vuelo sobre el mundo
La bulliciosa y virginal niñez ?

¡ Ah! si vas a partir, ¡no habrás podido
Mirar el cielo sin llorar despué !
¡ Esas nubes que pasan, nadie sabe
Si cuando vuelvas volverán también !...

De la tierra extranjera el horizonte
¡ Cuán triste, opaco y silencioso es !
¡ Y cuán lleno de luces y armonías,
El alto cielo que nos vió nacer !

¡Ah! cuando sientas que te oprime el alma
Con férrea mano, la ansiedad cruel,
¡Tórtola! vuelve las ligeras alas,
¡ Y al dulce nido de tu infancia vén !

1877.

———

EL NEGRO FALUCHO

Duerme el Callao. Ronco son
Hace del mar la resaca,
Y en la sombra se destaca
Del Real Felipe el torreón.
En él está de facción
Porque alejarle quisieron,
Un negro de los que fueron
Con San Martín, de los grandes
Que en las pampas y en los Andes
Batallaron y vencieron.

Por la pequeña azotea
Falucho, erguido y gentil,
Echado al hombro el fusil,
Lentamente se pasea;
Piensa en la patria, en la aldea
Donde dejó el hijo amado,
Donde su sueño adorado
Le aguarda triste y llorosa;
Y en Buenos Aires, la hermosa,
Que es su pasión de soldado.

Llega del fuerte a su oído
Rumor de voces no usadas,
De bayonetas y espadas
Agudo y áspero ruido;
Un ¡viva España! seguido
De un otro viva a Fernando,
Y está Falucho dudando
Si dan los gritos que escucha
Sus compañeros de lucha,
O si está loco o soñando.

Desde los Andes, el día,
Que ciñe en rosas la frente,
Abierta el ala luciente
Hacia los mares caía,
Cuando Falucho, que ansía
Dar un viva a su manera,
Como protesta altanera
Contra menguadas traiciones,
Izó nervioso, a tirones,
La azul y blanca bandera.

«—¡Por mi cuenta te despliego,
Dijo airado, y de esta suerte,
Si a tus pies está la muerte,
A tu sombra muera luego!»
Nació el sol: besos de fuego
Dióla en rayos de carmín,
Rodó el mar desde el confín
Un instante estremecido,
Y en la torre quedó erguido
El negro de San Martín.

No bien así desplegados
Nuestros colores lucían,
Por la escalera subían
De tropel los sublevados.
Ven a Falucho, y airados
Hacia él se precipitan:
—«¡Baja ese trapo, le gritan,
Y nuestra enseña enarbola!»...
¡Y es la bandera española
La que los criollos agitan!

Dobló Falucho, entre tanto,
La oscura faz sin sonrojos,
Y ante aquel crimen, sus ojos
Se humedecieron en llanto.
Vencido al punto el quebranto,
Con fiero arranque exclamó:
—«¡Enarbolar *ésa* yo
Cuando está *aquélla* en su puesto!...»
Y un juramento era el gesto
Con que el negro dijo: «¡No!»

Con un acento glacial
En que la muerte predicen:
—«Presenta el arma, le dicen,
Al estandarte real.»
Rotos por la orden fatal
De la obediencia los lazos,
Alzó el fusil con sus brazos,
Con un rugido de fiera,
Y contra el asta-bandera
Lo hizo de un golpe pedazos.

Ante la audacia insolente
De esa acción inesperada,
La infame turba excitada,
Gritó: «¡Muera el insurgente!»
Y asestados al valiente
Cuatro fusiles brillaron:
«—¡Ríndete al Rey!» le intimaron,
Mas como el negro exclamó:
«—¡Viva la patria, y no yo!»
Los cuatro tiros sonaron.

Uno, el más vil, corre y baja
El estandarte sagrado,
Que cayó sobre el soldado
Como gloriosa mortaja.
Alegres dianas la caja
De los traidores batía,
El Pacífico gemía
Melancólico y desierto,
Y en la bandera del muerto
Nuestro sol resplandecía.

1891.

EL CANTO DE LAS OLAS

(DEVILLER)

Hijas volubles de la mar, tenemos
Caprichos y caricias de mujer:
Hijas volubles de la mar, sentimos
Sus cóleras arder.

Cual las jóvenes madres en su seno,
De vida henchido y amorosa fe,
Mecen, gimiendo de ternura, al niño
Que acaba de nacer;

Así, con suave ondulación, mecemos
En nuestros brazos al gentil bajel,
Mientras lo impulsa a la remota playa
Nuestro eterno vaivén.

Pero a veces, en cólera encendidas,
Cómplices ¡ah! del huracán soez,
Como juguetes frágiles, hacemos
Los mástiles caer.

Y allá, en la airada tempestad, abrimos
Negras tumbas del náufrago a los pies,
Que alza sus brazos a los dioses... ¡y ellos
No lo escuchan ni ven !

Viejas ya sobre el mundo, y siempre jóvenes,
Guardianes del abismo, hoy como ayer,
Mudo vela el secreto de sus antros
Nuestro silencio fiel.

Sirenas encantadas, atraemos
A los que tienen, en su extraña sed,
Esta mar voluptuosa por querida
Y el cielo por dosel.

Y siempre, siempre en los futuros siglos,
Cuando la tierra muera de vejez,
Nuestros cantos de amor oirá la tarde,
¡ Y de muerte también !

¡ Hijas volubles de la mar, tenemos
Caprichos y caricias de mujer :
Hijas volubles de la mar, sentimos
Sus cóleras arder !

———

ESTROFAS

Bien pronto, hermosa, y con risueño orgullo,
De los quince años en la edad florida,
De tu belleza se abrirá el capullo
A los cálidos vientos de la vida.

Y cual banda de azules mariposas
Que el aire abate sobre el valle ameno,
Las ilusiones bajarán radiosas
En ledo enjambre á acariciar tu seno.

¡Las ilusiones, que en las noches bellas,
Con alas invisibles se adelantan,
Y secretos que saben las estrellas
En los oídos de las niñas cantan!

Placer y penas sentirá y enojos;
A los contentos mezclarás dolores;
Se llenarán de lágrimas tus ojos
Para regar de tu pasión las flores.

Feliz te harán las lágrimas lloradas,
Porque en la edad a que triunfante subes,
Son los dolores nubes sonrosadas,
Y las lágrimas, gotas de esas nubes.

NOCTURNO

¡ Oh ! dulce amiga del triste,
¡ Lige a brisa nocturna,
Que vas diciendo a las flores
Lo que otras flores pronuncian !

¡ Infatigable viajera
Que en la sombría espesura
Vuelas, contando á las hojas
Lo que otras hojas susurran !

¡ Errante soplo, que ríos
Y mares rápido cruzas,
Para confiar a las olas
Lo que otras olas murmuran !

¡ Ah ! vén a mí, pues repites
Cuanto en las sombras escuchas,
¡ Vén a decir a mi alma
Lo que en otra alma se oculta !

¿ Acaso llora en silencio
Lágrimas ¡ay! de ternura,
Y mira inmóvil los astros
Como el ciprés de las tumbas ?

¿ Acaso, puesta de hinojos,
Las manos trémulas juntas,
Está rogando al Dios bueno
Que nos proteja y nos una ?

¡ Oh, dulce amiga del triste,
Ligera brisa nocturna,
Que vas batiendo las alas
Entre la sombra confusa !

Dile que siempre en mi oído
Su voz dulcísima arrulla;
Que en el cristal de mi alma
Es como un iris la tuya;

Y que en la flor entreabierta
De la esperanza, se juntan,
¡ Como dos gotas de llanto,
Como dos rayos de luna !

SÓLO TÚ

Tú, que enjugas la lágrima vertida
Por la miseria y la orfandad, y tienes
Para todos los males de la vida
La desbordante copa de los bienes;

Tú, que has nacido para hollar triunfante
De los salones la mullida alfombra,
Y desdeñando tu victoria, errante
Vas a buscar al huérfano en la sombra;

Tú, que abates doquiera los dolores,
Que en toda noche viertes un destello,
Y eres pródiga, en fin, como las flores,
Que dan su aroma sin pensar en ello:

Tú eres mi amada, la visión celeste
A quien he dado del amor la ofrenda.
Y cuya blanca y vaporosa veste
Cruzar he visto por mi misma senda.

AL POETA AMERICANO

NUMA POMPILIO LLONA

Autor de la *Odisea del alma.*

¡Aun resuena en el fondo de mi pecho
Ese apóstrofe inmenso de tu alma!
¡Aun chispea mi espíritu, encendido
En el rayo vivaz de tu palabra!

Hoy que el fuego del genio me circunda,
Hoy que azota mi frente con sus llamas,
¡Cómo laten mis sienes! ¡cómo hierve
Tumultüosa mi sangre maricana!

¿Qué volcán, en los Andes inflamado,
Dió a tu pecho el aliento con que abrasas;
Y qué eléctrica nube tempestuosa,
La tremenda explosión de la borrasca?

¿En qué selva el trópico lujoso,
En qué oculta sonora catarata,
Aprendiste la música sublime
Que en tus versos suspende y embriaga?

¡ Oh, dímelo, poeta!... Muchas veces,
En los llanuras de mi hermosa patria,
He ofrecido a los vuelos del pampero,
Para arrancarle su rugido, el arpa.

¡ Vano empeño ! Jamás la lira mía
Exhaló de sus cuerdas agitadas
Ardiente grito, como aquel que rompe
De la imponente soledad la calma.

¡ Dime, cóndor audaz del pensamiento,
En qué nube, en qué aurora, en dónde se hallan
Esos tintes de espléndida belleza,
Que yo puedo tender allí mis alas !

¡Sí; yo siento también, como tú sientes,
De la suprema inpiración las ansias;
Un incendio en mí mismo, que deslumbra
Como un astro deshecho en llamaradas !

¡ Y, admirando la lira de la Grecia,
Que las piedras y fuentes apartaba,
He soñado el poeta a cuyo acento
Se suspenda en silencio el Tequendama !

¡ El Poeta inmortal del Nuevo Mundo,
Que recorra sus sendas ignoradas
Con el alma de América en los labios,
Con el fuego de Dios en la mirada !

¡ El Homero, cantor de sus victorias,
Que, por cima del humo y la metralla,
Clave audaz en el Sol nuestra bandera;
En el Sol, que es la cuna de Atahualpa !

¡Ah¡ ¡tal vez eres tú! Quizá en tu lira
Duermen todos los himnos que levanta
De su hirviente cristal, el Amazonas;
De su oleaje turbulento, el Plata;

Quizá duermen los genios que suspiran
Del argentino Paraná en las playas;
¡ Los que ciñen, tejiendo hebras de fuego,
Deslumbrante diadema a Aconcagua !

¡ Quizá gimen los vientos, ¡ay! los vientos
Cargados con las sombras y las lágrimas
Que las nubes del cielo de mi América
Dejan caer en las dolientes huacas (1);

Y resuena el magnífico concierto
De tu espléndida tierra ecuatoriana,
Allí donde se yergue el Chimborazo
Y el Sol del Inca a coronarle baja !...

¡ Salve, cóndor audaz del pensamiento !
Dígnate descender hasta mi estancia:
¡ Que yo toque contigo las estrellas,
Aunque ruede después bajo tus alas !

———

(1) *Huaca* tumba

ADOLESCENTE

¡ Lejos se oculta a mis ojos,
Lejos se oculta mi vida,
Copo de espuma llevado
Por las corrientes dormidas !

Su blanca imagen las horas
De mi pasado ilumina,
Vagando lejos, vagando
Por las barrancas floridas.

Allí el rumor de sus pasos
En las quebradas palpita,
Y de su falda el susurro
Vuela temblando en las brisas.

¡ Allí, como antes, renacen
Y la hondonada tapizan,
Aquellas flores, aquéllas
De sus desvelos de niña !

Aun sueño verla inclinada
En la gredosa colina,
Donde, en las tardes de octubre,
Iba a juntar margaritas.

Las agrupaba en su seno,
Luego a mi encuentro venía,
De su sombrero de paja
Volando al aire las cintas.

—« Son para tí, muchas veces
Burlándose, repetía,
¿ Ves ? las muy rojas son tuyas;
Estas más claras son mías».

Iba a tomarlas, pero ella
Las ocultaba, y decía:
—« Sobre mi seno se duermen;
Fuera de aquí se marchitan».

Y, vacilando, en la puerta
De la paterna capilla :
—«Hoy no son nuestras las flores,
Son de la virgen María...»

¡ Lejos se oculta a mis ojos,
Lejos se oculta mi vida,
Copo de espuma llevado
Por las corrientes dormidas !

Guardan los bosques cercanos
Recuerdos de ella en ruinas :
¡ Los viejos nidos, los dueños
De sus primeras caricias !

Sí, pero faltan las aves
Que, pequeñuelas, solían
Entre sus manos de nieve
Batir las pardas alitas.

Tal vez en árbol lejano
Las baña el sol de la dicha,
Y no se acuerdan de aquélla
Que las bañaba en sonrisas.

Mas, aunque ingratas la olviden,
Está su nombre en mi lira,
Y en su inocente recuerdo
Mi pensamiento se abisma.

1877.

— — —

LA FLOR DEL SEIBO

AL POETA CALIXTO OYUELA

Quiero realce su gentil figura
La túnica sencilla y elegante
Con que se adorna y viste la hermosura.

C. OYUELA

Tu «Flor de la caña»,
O Plácido amigo,
No tuvo unos ojos
Mas negros y lindos,
Que cierta morocha
Del suelo argentino
Llamada... Su nombre
Jamás lo he sabido;
Mas, tiene unos labios
De un rojo tan vivo,
Difúndese de ella
Tal fuego escondido,
Que aquí, en la comarca,
La dan los vecinos
Por único nombre,
La flor del seibo.

Un día, — una tarde
Serena de estío, —
Pasó por la puerta
Del rancho que habito.
Vestía una falda
Ligera de lino;
Cubríala el seno,
Velando el corp ño,
Un chal tucumano
De mallas tejido;
Y el negro cabello,
Sin moños ni rizos,
Cayendo abundoso,
Brillaba ceñido
Con una guirnalda
De flor de seíbo.

Miréla, y sus ojos
Buscaron los míos...
Tal vez un secreto
Los dos nos dijimos,
Porque ella, turbada,
Quizá por descuido
Su blanco pañuelo
Perdió en el camino.
Corrí a levantarlo,
Y al tiempo de asirlo,
El alma inundóme
Su olor a tomillo.
Al dárselo, «¡ gracias,
Mil gracias ¡ »— me dijo,
Poniéndose roja
Cual flor de seíbo.

Ignoro si entonces
Pequé de atrevido,
Pero ello es lo cierto
Que juntos seguimos
Las enda, cubierta
De sauces dormidos;
Y mientras sus ojos,
Modestos y esquivos,
Fijaba en sus breves
Zapatos pulidos,
Con moños de raso
Color de jacinto,
Mi amor de poeta
Le dije al oído;
¡ Mi amor, más hermoso
Que flor de seíbo !

La frente inclinada
Y el paso furtivo,
Guerdó aquel silencio
Que vale un suspiro.
Mas, viendo en la arena
La sombra de un nido
Que al soplo temblaba
Del aire tranquilo,
—« Allí se columpian
Dos aves, me dijo;
Dos aves que se aman
Y juntas he visto
Bebiendo las gotas
De fresco rocío
Que absorbe en la noche
La flor de seíbo. »

Oyendo embriagado
Su acento divino,
También, como ella,
Quedé pensativo.
Mas, como en un claro
Del bosque sombrío,
Se alzara, ya cerca,
Su hogar campesino:
Detuvo sus pasos,
Y, llena de hechizos,
De nuestro cariño,
Hurtando a las sienes
Su adorno sencillo,
Me dió, sonrojada,
La flor de seíbo.

1878.

———

PRIMERA LÁGRIMA

Has llorado recién. ¿ Por qué has llorado ?
No me digas que no :
Lo estoy viendo en tus ojos, lo estoy viendo
En tu mismo rubor.

Una niña es pimpollo a los quince años.
Quince años cumples hoy,
Y olvidas que en las flores no hay más lágrimas
Que el rocío de Dios.

Empero, no te aflijas; de ese llanto
Conozco la razón :
Una noche de insomnio, una quimera
Celeste que pasó;

El alba en el espíritu; las sombras
Girando en derredor;
Raudales que de súbito despiertan
La sed del corazón...

¿ Y por eso has llorado ? Así es la vida
En su primer albor :
Un crepúsculo azul donde batalla
La noche con el sol.

No te asuste la lucha. Verás luego,
Del cielo en la extensión,
Desplegarse en las nubes las banderas
Del astro vencedor.

Seca, pues, en tus ojos esas lágrimas
Que la ansiedad vertió;
Para vencer las sombras de la vida
Hay un astro: el amor.

Guarda el llanto en tus párpados de rosa,
Que es tesoro de Dios,
Como esconde la gota de rocío
En su seno, la flor.

No lo viertas en vano, porque un día,
¡ Ay ! un día sin sol...
Pero ¿a qué entristecerte?... ¡No más penas!
¡ Quince años cumples hoy !

1877.

AL PAMPERO

Hijo audaz de la llanura
Y guardián de nustro cielo,
Que arrebatas en tu vuelo
Cuanto empaña su hermosura:
¡ Vén, y vierte tu frescura
De mi patria en el ambiente !
¡ Vén, y enérgico y valiente,
Bate el polvo en mi camino,
Que hasta soy más argentino
Cuando me azotas la frente !

ADIÓS

¡ Adiós, por siempre adiós ! El alma mía
Vela de tu bajel sobre la popa,
Como la blanca estrella que te guía
A las distantes playas de la Europa.

Ella, del mar en la rugosa frente,
Aplacará las iras; y en su anhelo,
Disipará las nubes de occidente
Para que ría a tu mirada el cielo.

Ella, a la luz de la mañana hermosa,
Que en los cristales de la mar se quiebra,
Te ceñirá a la frente generosa
Vivo rayo de sol, hebra por hebra.

Y ella será también la que consuele
Las amarguras de tus noches solas,
Mientras la nave destrozando vuele
El arco móvil de las blandas olas.

¡Adiós, por siempre adiós! Alma sincera
Donde la santa caridad se anida,
¡ Ese foco de luz que reverbera
En todas las tinieblas de la vida !

¡ Oh, cuánto debo a tu piedad ! Enfermo
Y triste y débil, en mi noche helada,
Sobre mi pecho desolado y yermo
Derramaste la fe de tu mirada.

Ningún gemido de dolor se escucha
Desde entonce en él, y aunque enlutado,
Tiene el noble valor para la lucha
Que tu sencillo corazón le ha dado.

Canción materna, que en el aura inquieta
Vuela á cerrar los párpados del niño,
Tal era, en el insomnio del poeta,
El arrullo infantil de tu cariño.

Hoy no escucho esa voz. Sólo mi alma,
Como la espuma con la brisa leda,
En cada ola de la mar en calma
Bajo tus ojos pensativos rueda.

¿La ves? ¿la sientes? de la mar vecina,
¿ No llega a tí su celestial plegaria?
—«¡Protégela, Señor! es peregrina,
¡ Y va enferma y doliente y solitaria !»

1878.

———

EL HOGAR VACÍO

¡ Ay ! tu hogar está húmedo y sombrío,
De tu encanto vacío,
¡ De todos tus reflejos despojado !
¡ El aire que agitaba tus cabellos,
Como no juega en ellos,
Circula entre los árboles callado !

Se caen marchitas al abrir las rosas
Que, frescas y olorosas,
Ayer reían en tus sienes bellas;
Y crecen las acacias tan lozanas,
Que cubren las ventanas
Por donde nos miraban las estrel as.

Como uno y otro día no te vieron,
Tus tórtola huye on,
Aquellas que, amorosas y sencillas,
Sobre tu casto seno se empinaban,
Y tus labios besaban
Golpeando con sus alas tus me;illas.

¡ Quién sabe dónde están, a dónde han ido
A suspender su n do !
Extrañas son las que en el bosque moran,
Las que se mecen en sus verdes cañas,
Y a tu recuerdo extrañas,
Las que en tu sauce predilecto lloran.

Todavía aquel árbol eminente,
Sobre el balcón sa iente
Deja, inclinado, que su copa oscile;
Pero ya no entrelazan en los muros
Sus vástagos oscuros
La madreselva y el jazmín de Chile

Crece hierba salvaje en las macetas,
Colmadas de violetas,
Que tú regabas al morir el día;
Y ruedan por los patios desbandadas
Las hojas arrancadas
De aquel naranjo que tu edad tenía.

Las limpias aguas del raudal cercano,
Que en tu rosada mano
Beber solía con afán sonriente,
Cuando del linde de tu hogar se alejan,
Parece que se quejan,
Que van l orando por su dueño ausente.

¡ Las olas son que en apacibles horas,
Copiaron, seductoras,
De tu frente de niña la azucena !
¡ Las mismas olas que no bien llegaban,
Tendiéndose, buscaban
Algún hoyuelo de tu pie en la arena !

Como en los días del ardiente enero,
La jaula del jilguero
Aun cuelga del parral, fresco y umbroso,
Pero ¡ay! en vez del que qui iste tanto,
Hay otro cuyo canto
Es un gemido de dolor medroso.

Así mi lira llorará tu ausencia.
Tu cándida existencia
Cual blanda nube se elevó del suelo
Y en lo infinito desplegó sus galas...
Los que nacen con alas,
¡ Qué pronto suben de la tierra al cielo !

1880.

AMÉRICA

I

Para cantar de América la bella
La fe profunda y el amor que insp.ra,
Para volcar el alma en vibraciones
  Como la vuelca en sus torrentes ella,
No hay notas en la lira,
Ni férvidas canciones
En sus cuerdas, mojadas
Con el llanto de cien generaciones.

El trueno del torrente,
Del huracán el rápido estallido,
La tempestad enérgica y ardiente,
Esconden en su entraña
El mágico sonido
Que el alma busca, y en el aire siente,
Para arrullar de América el oído.

Todo es gigante en su fecundo seno:
Su pasado, que vierte en la memoria
El rojizo esplendor de la centella,
O produce en el ánimo sereno
Esa sed de admirar, que apenas sacia,
En raudales de luz, su misma gloria.
Todo es gigante en ella:
Los héroes y la historia
¡Y la sublime eterna democracia!

¡Ah! ¡miradla pasar! Esa bandera
Que muestra sobre el polvo del camino
Su regia pompa y magestad guerrera,
¡Ondula el solplo del amor divino!
¡El porvenir la llama!
¡El porvenir, que abiertas
Dejó a su marcha las doradas puertas
Que injusto un día le cerró el destino!

Para animar su paso
Y templar su valor en la batalla,
En la selva, en el monte,
Y en el círculo azul del horizonte,
¡El himno imenso de la vida estalla!

¡Ah! por eso, en la arena,
Como un león en su salvaje lecho,
¡El Plata tiende su robusto pecho
Y sacude bramando su melena!

Y por eso su espuma,
Como rizada pluma,
Agita el blando y sonoro Rímac,
El Niágara convulso se derrama,

Y en tanto que susurra el Apurímac,
¡ Se despeña tronando el Tequendama !

II

Allá, yérguese altivo en su regazo
El viejo audaz de corazón de piedra,
A cuya cima ni la astuta hiedra
Ha podido trepar, — ¡el Chimborazo !
Su frente de granito
Donde el sol de los trópicos chispea,
Por cima de las nubes centellea
¡ Y parece oradar el infinito !

A sola con el cielo,
Mira á sus plantas dilatarse un mundo;
Hervir los pueblos; reposar los mares
Tenderse por el suelo,
Alfombra digna de sus pies, las selvas;
Rodar por las montañas
De los torrentes los raudales fríos;
Y desplegarse entre flexibles cañas,
La franja azul de los serenos ríos.

En derredor de la nevada cumbre,
Fragancias tropicales
Volando esparce el aromado viento;
En las eternas nieves
Refresca ansioso su abrasado aliento,
Y las cuestas vecinas
Bajando con sonoro movimiento,
Se derrama por valles y colinas.

Sobre la altiva frente esplendorosa
Del augusto titán americano,
Viva aureola que en la sien gloriosa
De América se enciende,
E fama que del cielo ecuatoriano
El Sol del Inca a reposar desciende.

Un día... sólo un día,
Se conmovió en su base sempiterna,
Echó el manto de nubes á la espalda,
Y tendió en la llanura de esmeralda
Su mirada sombría.

Rivales de su gloria,
Y midiendo su talla por su talla,
Frente a frente tenía
A Bolívar, de fuego en la victoria,
Y á San Martín, de bronce en la batalla.

III

¡ Un gigante de pie, y otro caído !...
Mensajero ete nal de la grandeza
Con que Dios nuestra América ha vestido,
Por las cálidas zonas,
Radiante de belleza,
¡ Se tiende y se dilata el Amazonas !

Guirnalda de sus húmedas riberas,
Cargadas de rumores,
Las selvas, que los siglos no marchitan,
Destrenzando sus verdes cabelleras,
Le arrojan al pasar todas sus flores.

En el vasto paisaje
Por sus rápidas ondas sacudido,
Y del ave en el mágico plumaje,
El trópico derrama,
En soberbia explosión de colorido,
Los mil cambiantes de su eterna llama.

El himno de las aves; de las flores
El beso soño'iento;
La palmera, que tiembla enamorada
Bajo el ala del viento;
Cuanto encuentra en su marcha dilatada,
Cuanto guarda el edén de sus delicias,
Al gigante enamora;
Pero él sabe arrancarse á .us caricias,
Lanzándose al oriente
Como si fuera en busca de la aurora
Para atarla al cristal de su corriente.

IV

¡ Silencio y soledad, misterio y calma !...
Lo infinito en la tierra y en el cielo;
La presencia de Dios dentro del alma:
¡ La plenitud del vuelo !
La extención y la faz del oceano
En inmóviles ondas de verdura...
¡ Hé ahí la llanura,
Orgullo de la patria de Belgrano !

Amada del pampero,
Ella guarda para él todas sus galas,
¡Y él arrulla el silencio de sus horas
Con la música eterna de sus alas
Vibrantes y sonoras!

Al rayo de la luna,
Sobre la verde y dilatada alfombra,
Surgiendo del vapor de la laguna,
Cruzar parece la doliente sombra
De *Brian* y de *María*...
¡Dulce amor del desierto!

¡Infinito del alma en lo infinito
De su imponente majestad sombría!
¡Cómo un vago re plandor incierto,
Al corazón revela
Que el espíritu aún de Echeverría
De loma en loma sollozando vuela!...

Los siglos, en su paso por el mundo,
No vertieron las fuentes de la vida
En el seno fecundo
De la Pampa dormida:
La hollaron en silencio... y en silencio,
Al amparo de Dios, yace tendida.

¿Qué mano bienhechora
La arrancará al letargo de su sueño?
¿El rayo de qué aurora
Disipará las sombras que la envuelven
Y humillan con su peso?
La mano de sus hijos;
¡La aurora germinante del progreso!

Ella duerme y espera
Del pueblo de su amor sentir la planta,
Que a través del desierto se adelanta
Por lomas y ribazos,
Para abrirse a la luz de la existencia,
Para erguirse gigante en su presencia,
¡Para alzarlo también entre sus brazos!

V

¡Escuchad! ¡escuchad! ¡Largos rugidos
Pasan, del aire sacudiendo el vuelo,
Cual si allí se arrastrara por el suelo
Extraña catarata de sonidos!
¿Por qué tiemblan en torno los pinares?
¿Qué horror sublime los espacios puebla?
¿Por qué el iris de paz, gloria del cielo,
Ríe atado al abismo entre la niebla?
¡Es que vuelca sus ondas seculares
El Niágara esplendente!
¡El Niágara! ¡la fuente
Inexhausta y soberbia de los mares!

Mis ondas encrespadas,
Como salvaje tropa de leones
Al borde del abismo arrebatadas,
Exhalan en rugidos
Sonoras pulsaciones,
Que vibran como un canto en los oídos.
¡Poema sin segundo
En los peñascos del raudal impreso.

Amada del pampero,
Ella guarda para él todas sus galas,
¡ Y él arrulla el silencio de sus horas
Con la música eterna de sus alas
Vibrantes y sonoras !

Al rayo de la luna,
Sobre la verde y dilatada alfombra,
Surgiendo del vapor de la laguna,
Cruzar parece la doliente sombra
De *Brian* y de *María*...
¡ Dulce amor del desierto!

¡ Infinito del alma en lo infinito
De su imponente majestad sombría !
¡ Cómo un vago re plandor incierto,
Al corazón revela
Que el espíritu aún de Echeverría
De loma en loma sollozando vuela !...

Los siglos, en su paso por el mundo,
No vertieron las fuentes de la vida
En el seno fecundo
De la Pampa dormida :
La hollaron en silencio... y en silencio,
Al amparo de Dios, yace tendida.

¿ Qué mano bienhechora
La arrancará al letargo de su sueño?
¿ El rayo de qué aurora
Disipará las sombras que la envuelven
Y humillan con su peso ?
La mano de sus hijos;
¡ La aurora germinante del progreso !

Ella duerme y espera
Del pueblo de su amor sentir la planta,
Que a través del desierto se adelanta
Por lomas y ribazos,
Para abrirse a la luz de la existencia,
Para erguirse gigante en su presencia,
¡Para alzarlo también entre sus brazos!

V

¡Escuchad! ¡escuchad! ¡Largos rugidos
Pasan, del aire sacudiendo el vuelo,
Cual si allí se arrastrara por el suelo
Extraña catarata de sonidos!
¿Por qué tiemblan en torno los pinares?
¿Qué horror sublime los espacios puebla?
¿Por qué el iris de paz, gloria del cielo,
Ríe atado al abismo entre la niebla?
¡Es que vuelca sus ondas seculares
El Niágara esplendente!
¡El Niágara! ¡la fuente
Inexhausta y soberbia de los mares!

Mis ondas encrespadas,
Como salvaje tropa de leones
Al borde del abismo arrebatadas,
Exhalan en rugidos
Sonoras pulsaciones,
Que vibran como un canto en los oídos.
¡Poema sin segundo
En los peñascos del raudal impreso.

Que, con solemne entonación homérica,
Parece que cantara sobre el mundo
El himno del progreso
En la lira gigante de la América!

¡De Wáshigton el pueblo,
Despertando a su voz, honda y valiente,
Aprendió el heroísmo
En la lucha tenaz bajo la bruma
Del raudal y el abismo,
De la roca y la espuma!
Y luchando también, hundió las naves
De la adusta Inglaterra;
¡Y a su empuje, viril el Despotismo,
Que derriba las frente a balazos,
Largo trecho rodó sobre la tierra
Como rueda un cañón hecho pedazos!

¡Escuchad! ¡escuchad! El torbellino
Hierve airado otra vez, airado truena;
¡Y es que el nombre de Cuba,
La mártir del destino,
En el arpa de América resuena!

¡Sí, que otra lira hermana,
Amarrada a la sirte procelosa,
Rugiendo en las espumas
Apostrofa a la tierra americana!
¡Ay! ¡la sonante lira
A cuyo acento el corazón se espande
Y, heroico en su dolor, estalla en ira,
De Heredia el inmortal, de Heredia el grande!

VI

Así, en medio de músicas extrañas,
Por inmensas llanuras,
Y ríos y torrentes y montañas,
Eva de un mundo y del Edén señora,
Siguiendo va del porvenir la huella
América la bella,
América, la virgen soñadora.

De la pálida luna
No lleva el tibio y misterioso rayo
Sobre la sien ardiente,
Que el dios del Inca calentó su cuna,
Se alzó en la tierra al esplendor de Mayo,
Y el sol de Julio coronó su frente.

Allá, dos mares a su talle airoso
El tul suspenden de su parda bruma,
Y el Guaira proceloso
Y el Niágara, a su espalda
El manto arrojan de su hirviente espuma
Y van rodando á acariciar su falda;
Allí, como un trofeo
Que el viento encima de los Andes bate,
Como un girón á la montaña asido
Del humo del combate,
Dejando el cóndor su riscoso nido,

Un punto inmoble la contempla... ¡ Y iuego,
Enamorado y ciego,
Abriendo su plumaje,
En el azul purísimo resbala
Y siente bajo el ala
Chispear el rayo del amor salvaje !

¡Ah! como él, el poeta americano,
Cóndor de los espacios de la idea,
El monte humilla, reconcentra el llano,
Y entre ambos polos la extensión pasea;
Como él, en medio de la tierra amada,
El alma pensativa
Suspende en el fulgor de una mirada;
Y, desde el foco de su sien altiva,
¡ Como él, difunde enamorado, ciego,
La llama convulsiva
De su potente inspiración de fuego !

1879

———

LA RETIRADA DE MOQUEGUA

A Juan Antonio Argerich.

Dijo San Martín, austero:
«—Toma mi gloria», á Bolívar,
Y larga copa de acíbar
Fué a beber al extranjero.
Con él, por fácil sendero,
La Victoria, nunca ingrata,
Corrió dócil desde el Plata
Clamando de cima en cima:
¡ Chacabuco ! ¡ Maipo ! ¡ Lima !...
Sin él... Moquegua y Torata.

Torata, abrupta colina,
En cuyo flanco abrasado
La campaña de Alvarado
Dió comienzo á su ruina;
Moquegua, al Andes vecina
Y en viñedos opulenta,
Donde la brisa aún lamenta,
Divagando entre las flores,
De los grandes redentores
La catástrofe sangrienta.

¡ Gloria, sí, por esta vez,
Gloria a vosotros, hispanos,
Que arrolláis los veteranos
De mil ochocientos diez !
Pavorosa lobreguez
Veló el sol en pleno día,
Cuando nuestra infantería,
Derrotada, hecha pedazos,
Aguaceros de balazos
Por la espalda recibía.

Volvió caras, pero en vano;
Quiso morir frente á frente,
Pero, débil al torrente,
De las cumbres rodó al llano.
Y empujada al oceano
Iba a golpes de metralla,
Cuando un — «¡Alto!» — donde estalla
Hecho grito un corazón,
Lanzó Lavalle, el león
De los campos de batalla.

A esa voz, que todos tienen
Desde Maipo en los oídos,
Los ya inermes, los vencidos
Granaderos, se detienen.
Brazo y corceles previenen
A la lid inenarrable,
Y, aunque en grupo miserable,
Cierran filas silenciosas,
En las diestras poderosas
Esgrimiendo el corvo sable.

A su espalda, jadeantes,
Nubes de arena, en los llanos,
Alzan al huir sus hermanos
Hacia las naves distantes;
Y a barrerlos, arrogantes
Y en espesos escuadrones,
Los ibéricos bridones
Vuelan, trémulas las crines,
Al sonar de los clarines
Y al crujir de los cañones.

«—¡ Granaderos de los Andes,
Juan Lavalle les decía,
Vea América este día
Cómo siempre somos grandes !»
«—¡ Mándanos, que donde mandes
Nos verás !» le respondieron;
Y «¡ a la carga !» sólo oyeron,
Y a la carga se lanzaron,
Y a los mismos arrollaron
Que en Moquegua los vencieron

No bien Lavalle los mira
Cejar rotos y sin tino,
Prosiguiendo su camino
Paso a paso se retira;
Vuelto al mar, libre respira,
Y, al peligro indiferentes,
Van sonando los crujientes
Correajes y escarcelas
Y las húmedas espuelas
De aquel grupo de valientes.

Tiende el sol, al declinar,
Su impasible luz serena,
Rota en chispas en la arena,
Suelta en franjas sobre el mar;
Vese, huyendo, vacilar
Nuestra enseña, hasta ayer fuerte,
A dar término a la suerte
Correr miles de guerreros,
¡ Y a trescientos granaderos
Entre la mar y la muerte !

«—¡ A morir ! ¡La gloria es mucha
Y el temor a nadie embarga !
¡Soldados! ¡carga tras carga !
¡Media vuelta, y á la lucha!»
Tal ordena, y ya se escucha
De los cascos el estruendo;
Y, atropellando ó cediendo,
Entre enjambres de enemigos,
Juan Lavalle y sus amigos
Van matando y van muriendo.

¡ No ya tigres ni leones,
Son hombres desesperados,
A cuyo empuje, arrollados
Los contrarios escuadrones,
Van a dar en los cañones
Con la fuerza del turbión...
Y la ibérica legión
Triunfadora, que en pos viene,
Ante aquello, se detiene
En solemne indecisión !...

Ya al morir, en sangre y fuego
Muestra el sol la faz manchada,
Y la grande retirada
Paso á paso sigue luego...
Allá el mar está en sosiego
Como ahogando su rugido,
Allá el aire estremecido
Da en las velas sollozando...
Y allá vase reembarcando
Nuestro ejército vencido.

En la nave postrimera,
Bajo los astros nacientes,
Juan Lavalle y sus valientes
Se asilan con su bandera.
Girando airosa y velera,
Rica en gloria americana,
La corbeta suelta ufana,
Proa al mar, rumbo al noroeste,
Larga flámula celeste
Desde el tope de mesana.

Con los marinos, en tanto,
Lavalle a solas velaba,
Y en la borda reclinaba
Su ancha frente y su quebranto.
Por sus mejillas, el llanto
Vieron los astros rodar:
«—¡ Ah ! ¡ San Martín !» suspirar
Las patrias ondas le oyeron;
Y, ambos inmensos, gimieron
Aquel hombre y aquel mar.

1889.

CANCIÓN

¿ Por qué estás triste, dulce bien mío ?
¿ Por qué tu lira no canta más ?
¿ Por qué estás mudo como el vacío ?
— Porque estoy lejos del Paraná.

Noches de ensueño, días de calma,
Allí tan solo puedo gozar :
Opresa siento y herida el alma
Por el bullicio de la ciudad.

Si tú quisieras de mi ventura
Las breves horas iluminar,
Las radiaciones de tu hermosura
Encantarían mi soledad.

Allí, en los bosques murmuradores,
Bajo la sombra de mi seibal,
Donde girando los picaflores
Liban el dulce burucuyá (1),

(1) *Burucuyá :* pasionaria.

Muros de tapia, techo quinchado (1)
Con todo el lujo del tortoral,
Forman mi rancho, do no ha faltado
Nunca inocente felicidad.

Las limpias aguas de un arroyuelo
Muestran su imagen en su cristal,
Y allá, en el fondo color de cielo,
El pez que viene y el pez que va.

Se mece en ellas una canoa
Hecha de un tronco de pacará,
Con los filetes de aberemoa
Y negra banda de guayacán.

Si tú quisieras, tuya sería
La airosa nave, donde al bogar,
¡Ay! muchas veces me parecía
Ver tu hermosura meridional.

Y pues ya sabes, dulce bien mío,
Por qué mi lira no canta más,
Por qué estoy mudo como el vacío,
Vén a las islas del Paraná.

1876.

---

(1) *Quinchar:* techar con paja.

SIN ELLA...

Por entre el bosque, desplegada cinta,
Del arroyuelo la corriente va,
Y el sol, hiriendo los ramajes, lanza
Doradas flechas a su limpia faz.

Se ve en la sombra que desgarra a trechos
El haz brillante de la rubia luz,
Volar la chispa de la arena de oro
Al copo errante de la espuma azul.

Se ve en las aguas reflejarse un nido,
Temblar la rama que le da sostén,
Y sombra de alas bajo redes de hojas
Al fondo oscuro del raudal caer.

Se ve, sonriendo, por el abra estrecha,
La faz de un cielo que ilumina el sol,
Y allí dos nubes, como blancos sueños,
Atar sus velos y volar las dos...

Pero ¿ella? ¿el alma? y ¿el amor?... Dios mío,
Jamás de tu obra blasfemar podré,
Mas, ¿cómo amar y bendecir las ondas
Si no reflejan su nevada sien ?

1879.

ELLOS

Cuelga tan sólo del ombú, en la loma,
Una postrera ráfaga de luz,
Y se entreabre el lucero de la tarde
Cual flor de nieve sobre campo azul.

La noche baja a la hondonada; en ella
Rueda el carruaje donde van los dos;
Y cuando más la oscuridad los cerca,
Hay en sus almas claridad mayor.

En vano el día de la tierra inclina
Al horizonte la inflamada sien,
Cuando el amor, crepúsculo divino,
Comienza para el alma á amanecer.

A los astros que brillan en el cielo
Ni una mirada fugitiva dan,
Porque asomados a sus ojos viven,
Donde hay estrellas que relucen más.

Se alza una nube en el confín lejano,
Como presa de súbita inquietud :
A ella vuela el lucero de la tarde,
Abierta el ala de serena luz.

Inflamado relámpago en su seno
Salta y la baña en vívido carmín;
El temeroso enjambre de los seres
Fija con ansia la mirada allí.

Y ambos siguen inmóviles, absortos,
Envolviéndose en mutua claridad !
¿ Qué importan los relámpagos del cielo,
Si el alma de ellos irradiando está ?

Yo, solitario, al borde del camino,
Los miro melancólico pasar;
Y contemplo las nubes y los astros...
¡ Porque no tengo sobre el mundo más !

1884.

———

FLORENCIO DE MÁRMOL

¡Ah! ¡siempre como término la muerte!
¡Siempre en el pecho una profunda herida!
¡Y estas negras traiciones de la suerte
Que así oscurecen sin cesar la vida!

¡Amigos de la infancia, compañeros,
Comienza ahora nuestra marcha triste:
Hay abismo sin fondo en los senderos...
Florencio, nuestro hermano, ya no existe!

El era todo fe, todo hidalguía,
Su mente audaz, su corazón cristiano,
Y como nadie realizar sabía
El supremo ideal del ciudadano.

Creyó en la libertad; le dió su espada;
Le dió con ella su primer cariño;
Héroe, le vimos defender su amada
Con la inexperta sencillez de un niño.

Amó en Lavalle las acciones grandes,
Los generosos ímpetus guerreros;
Al toque del clarín, voló a los Andes...
¡Y no estaban allí *los granaderos*!

La noble frente oscurecida, inerme
Tornó a sus lares, soñador caído...
Por eso, amigos, en la tumba duerme
Con tantos héroes que en la patria han sido.

¡Y en qué momento! ¡Cuando al sol se abrían
Los azahares del amor risueños!
¡Cuando dos corazones se mecían
En el columpio de los castos sueños!

¡Ah! ¡si no hay Dios!... si el alma solamente
Es el latir de deleznable arteria;
Si aquel cielo tan puro y transparente,
Es falaz ilusión de la materia;

¡Ante el Destino impávido y rastrero,
Que así existencias juveniles trunca,
No me habléis de consuelo!... ¡yo no quiero,
No, yo no quiero consolarme nunca!

1881.

———

LAS QUINTAS DE MI TIEMPO

Estos, *Fabio ¡ay dolor! que ves ahora*
Jardines sabiamente dibujados,
Fueron un tiempo rústicos cercados
De enhiesta pita y suculenta mora.

Y aquellas que allí ves altas mansiones
De mil primores llenas, antes fueron
Modestas granjas donde en paz latieron
Más nobles y sencillos corazones.

Naturaleza entonce á sus anchuras
Por estos sus dominios discurría,
Y como es dada a la labor, tejía
Mil suertes de galanas vestiduras.

Aquí, rastreando la humedad del suelo,
Las violetas silvestres agrupaba,
Y por todas las quintas derramaba
Un fresco aroma que llegaba al cielo.

Pródiga aquí de sus mejores galas,
Prendía a las ventanas de una hermosa,
De mosqueta y jazmín red olorosa
Que desflocaba el aire con sus alas.

Por cima de los cándidos rebaños
Que agrupaba el pastor en los oteros,
Derramaban en flor los durazneros
Una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera
Y en los verdes naranjos florecía,
De sus maternas manos recibía
Su corona nupcial la primavera.

Mas tú dirás, amigo, que al presente,
Aquella nuestra madre, de igual modo
Sustenta, anima y embellece todo,
Y quien dijere lo contrario, miente.

¡Infeliz! ¡cuál te engañas! Tú no sabes
Lo que eran estos sitios, cuánta escena
De amor y paz y venturanza llena
Huyó con las violetas y las aves.

Figúrate: es domingo; el aire en calma;
Mucho sol, mucha luz, mucha alegría;
Una de esas mañanas en que ansía
Verse trocada en golondrina el alma.

Verás aquí y allá, por los senderos,
Confundidos los pobres y los ricos,
La madre, las amigas y los chicos
Con sus lucientes trajes domingueros.

Dan al viento los niños infinitas
Pandorgas, con navaja y en batalla,
Y a cada triunfo un clamoreo estalla
En el hueco inmortal de Cabecitas.

Se oye el rumor del biznagal que abrasa
El adobe en los hornos; el ligero
Grato sonar de tarros de lechero
Que a largo trote por las quintas pasa.

Y allá van, salpicando las veredas,
Guiadas por un criollo ó un navarro,
Las carretas de pasto, que en el barro
Vuelven crujiendo las pesadas ruedas.

Torna ahora los ojos, Fabio, y mira
Aquel grupo de un árbol a la sombra,
Que tiene el césped por mullida alfombra,
Y la guitarra nacional por lira.

¿Qué ves allí? De un asador pendiente,
Asándose el cordero apetitoso,
Y circular el mate generoso
En vez de la botella de aguardiente.

¡Oh campestres paseos! ¡oh manjares
Jamás llorados cual se debe ahora!
¡Oh sencillez antigua y bienhechora,
Salud un tiempo de los patrios lares!...

Mas calle, amigo, nuestra queja vana,
Que si un remedio a nuestras ansias veo,
Es quedar como Lope ante el Liceo
Llorando la vejez de su sotana.

Juro, Fabio, por todos los poetas,
Que no hay porteñas hoy más regaladas
Que aquellas que acudían en bandadas
A nuestras quintas a juntar violetas.

¡Las vieras, preparándose al asedio,
Cuando aquellos piecitos voladores
No podían llegar hasta las flores
Porque estaba una zanja de por medio!

¡Cuánto ardid para asirse del ramaje
Y traspasar el cenago o abismo,
Alzando con angélico heroísmo
La muselina del sencillo traje!

Mas no faltaba un vástago de mora,
Cual un brazo flexible, que de intento
Para ayudarlas inclinaba el viento...
Que tanto puede una mujer que llora.

Las veo aún, con las mejillas rojas
Como granadas de Engadí partidas,
Y las húmedas manos florecidas
Mariposeando entre las verdes hojas;

Y correr, y chillar, y ser más bellas
Cuando, lanzada como rauda fija (1),
Cruzaba una medrosa lagartija
Con grave susto disparando de ellas;

Y, ya en violetas rebosando el seno,
Búcaro ardiente que las flores aman,
Como por los senderos se derraman
Dejando el aire de perfumes lleno.

---

1 *Fija:* arpón, fisga.

¡Oh, mi dulce porteña, amada mía!
¡Ya no hay violetas ni silvestres mo as;
Huyendo ya de la niñez las horas
Dulces y alegres cuando Dios quería!...

1884.

AUTOBIOGRAFÍA

1856-1885

A María Ignacia Argerich.

¿Versos me pides? Te comprendo, hermosa;
En mis secretos a iniciarte voy:
Como toda mujer, eres curiosa,
Y quieres que te muestre el corazón.

Pondré en la empresa mi mayor empeño,
De los recuerdos abriré el caudal,
Y, fugitiva tórtola sin dueño,
El alma mía posaré en tu hogar.

¡Oh tiempo aquel de la niñez primera
En que nos gusta que nos queme el sol,
Y olvidados cual música ligera
Hasta los besos de la madre son!

De aquellos tiempos los recuerdos míos,
Desparramados por el cielo azul,
Los campos cruzan y los anchos ríos
Girando envueltos en rosada luz.

Allá, en el seno de los bosques solos,
No hubo jamás un gavilán cual yo,
Gran cazador de urracas y chingolos,
Enorme crimen que perdona Dios.

Fué por entonces mi corcel primero,
No el piafador romántico alazán:
Un lanudo y magnífico carnero,
De grandes cuernos y postura audaz.

El arrastró, por tardes y mañanas,
Nuestro coche de mimbres, donde, al sol,
Con mi futura novia mis hermanas
Formaban, juntas, un rosal en flor.

Empuñaba yo el látigo y las riendas,
Y con resuelto paso varonil,
Del trebolar por las angostas sendas,
Iba haciendo mi látigo cruj r.

¡Y lo que es la inocencia! Me gustaba
Ver de mi novia el rostro angelical,
Cuando el coche de mimbres se volcaba,
Hacer pucheros, ¡y después llorar!

«—¿Por qué lloras, mi vida?» le decía
Gravemente, besándole la sien...
Y mi dulce pequeña sonreía
Con un cierto abandono de mujer.

II

Mas, como el tiempo, aunque en silencio, vuela,
Y unos siete años contaría ya,
¡Ay! me encerraron en horrible escuela
Y en los campos quedó mi libertad.

Tuve un odio feroz a la cartilla,
Eran los libros mudos para mí;
Mas mis ansias sacáronme a la orilla
Y supe leer y comencé a escribir.

Cuando en la Vuelta de Obligado un día
Tras larga ausencia me dejó un vapor,
En torrente vivaz la poesía
Ciega, imperiosa, por mi sér cundió.

Abierta el alma a la inmortal belleza
Y dominado por extraña sed,
En la eterna y veraz naturaleza
De la hermosura el resplandor busqué.

De nuestras selvas escuché el arrullo,
De nuestras pampas contemplé la faz,
Y el grande río, de la patria orgullo,
Que derramado por sus islas va.

En tanto en selvas, pampas y raudale ,
Dejaba libre el corazón latir,
El estro de los cantos nacionales
Se despertaba poderoso en mí.

Y amé la patria con amor de fuego,
Y supe entonces, para amarla más,
Por qué se eleva, cual perenne ruego,
La solitaria cruz de ñandubay.

III

—Pero ¿y la novia? — me dirás, María,
¿Mi novia? ¡Es cierto! la olvidaba ya:
Pues bien: la niña a la sazón tendría
Unos catorce... sin mentir la edad.

Joven, hermosa, enamorada y buena,
Negro el cabello, y en la fresca tez
Ese pálido albor de la azucena
Que al sol parece comenzar a arder.

Con grande empeño simular quería
Algunos años más... siquiera dos,
Y sin causa formal me recibía
Con un gestito que adoraba yo.

Mas, pasaba una errante mariposa,
Y, adiós grave matrona, adiós mujer:
Era entonces la niña bulliciosa
Que nunca acierta a refrenar los pies.

¡Y qué manera de correr girando,
De desplegarse, de mostrar allí
La rumorosa falda revolando
Por todos los extremos del jardín!

Como yo la siguiera con los ojos,
Se avergonzaba de su loco afán,
Y la sangre vivaz de los sonrojos
Saltaba ardiendo a iluminar su faz.

Al volverse hacia mí, como al descuido,
Ya el jazmín arrancaba, ya el clavel,
Detrás de cada arbusto contenido
El vacilante y dominado pie.

Luego, recta, de súbito venía,
Y, segura en su imperio juvenil,
Con un golpe de audacia me decía:
— «Iba en busca de flores para tí».

«¡Tómalas, tómalas!»... y le temblaba
El alma entera en la vibrante voz,
Y después lentamente se alejaba
Con el gestito que adoraba yo.

IV

¡Cariñoso recuerdo de otros días,
Melancólico arrullo, tierno son
De esas vagas errantes melodías
Que van quedando de la vida en pos!

¡Os sienta aún, en presuroso vuelo,
Venir sonoras a calmar mi afán,
A henchir como antes, bajo el mismo cielo,
De ritmo y vida mi paterno hogar!...

Sólo un asilo al corazón conviene,
Y yo, María, lo conservo aún:
Mi santa madre a acariciarme viene
Y es de sus ojos para mí la luz.

Aun goza en ver mi libertad sujeta,
Y, expresión de cariño y altivez,
Aun me abraza y me dice «mi poeta»,
Bañada en gloria la serena sien.

———

A AURORA RISSO PATRON

I

INTIMA

Tu carta recibí, niña hechicera,
Allá por junio, en la estación más fría,
Y no la contesté porque debía
Escribirte al llegar la primavera.

Los poetas tenemos raras cosas,
Y yo, entre ellas (y es caso de conciencia),
Gusto hablar con la límpida inocencia
Al entreabrirse las primeras rosas.

Dejo allí en el invierno los pesares,
Y entrego el corazón a los engaños
Cuando están con las almas de quince años
Hablando sin hablar los azahares.

Hoy mismo, a despertarme, ahijada mía,
Trayendo margaritas y verbenas,
Rojas como la sangre de tus venas,
Vino a mí la celeste Poesía.

Y evocó, en su lenguaje, tantos sueños
De hermosura sin par, al darme flores,
Recordóme tan íntimos amores,
Que son por siempre de mi vida dueños,

Que he querido contártelos a solas,
Para que guarde tu inocente oído
El de este corazón hondo latido
Como es hondo, en el mar, el de las olas.

—«¡Mira cuán bella es!»—díjome entonce:
Y me enseñó a mi madre, dulce y buena,
Con su cándida frente de azucena
Y su actitud como fundida en bronce.

Más allá, con estrépito festivo,
En el paterno Paraná vogaban
Mis hermanas pequeñas, y embarcaban
La flor del camalote y el seíbo.

Ya más cerca de mí, mi noble esposa,
Alta la frente, el corazón en calma,
Me envolvía en las luces de su alma
Con su tranquila majestad de diosa;

Y jugando en redor, el hijo mío,
Carlos, risueño, charlatán, nervioso,
Se arrojaba en sus brazos bullicioso
Como se arroja el arroyuelo al río.

¡Cuadro de amor, inenarrable y santo,
Que me pintó la excelsa Poesía,
Y que es verdad, verdad, ahijada mía,
En este mundo en que mentimos tanto!

Vi después a la diosa, sonriente,
Del río de mi amor en los ribazos,
Alzarte, Aurora, en sus divinos brazos,
Y de besos de luz llenar tu frente.

Te dejó de mis barrancas, donde ufanos,
Por tus débiles plantas mal seguidos,
Llorosa en tu impotencia, tras los nidos
Desempeñábanse al vuelo tus hermanos.

Adolescente ahora y hechicera,
Te damos los de ayer la bienvenida;
Y alzado como pórtico á tu vida
Tiende su arco triunfal la primavera.

Tu padrino, mi ahijada, en vivo anhelo,
Te desea por hoy cintas y moños,
Mañana ver esposa, y, si hay retoños,
Que a la patria los dés, los dés al cielo;

Y al bendecir tu juventud lozana,
Ruega al Dios que a los buenos ilumina,
Que corone tus sienes de argentina
El esplendor de la mujer cristiana.

Como estas flores, de que tengo llenas
Las manos, son muy tuyas, hija mía,
A nombre de la dulce Poesía
Te entrego margaritas y verbenas.

1892.

INSPIRADORA

No es romántica, amigos,
Como decís, la niña;
No descolora con vinagre el rostro,
Ni en derrededor de los sepulcros gira.

Si alguna vez el llanto
Empaña sus pupilas,
No es por cobarde, es que el dolor la hiere
Del corazón en las ocultas fibras.

Ama la luz, la gloria,
La juventud, la vida;
Viste el blanco y azul de nuestras madres
Porque ha nacido, como yo, argentina.

Es joven, es robusta
Como la patria mía;
Del Paraná y el Uruguay se baña
En las sonoras transparentes linfas.

Enamorada eterna
De la virtud sencilla,
Canta a la sombra del hogar modesto
Amores puros, infantiles risas.

Desata sus cabellos,
En actitud magnífica,
Cuando el soplo vital de nuestros campos
Rasgando nubes, el pampero envía.

Aun hierve entre sus venas
Roja sangre latina,
Mas calentada por el sol de fuego
Que en la bandera de los Andes brilla.

No pide al extranjero,
Con ansias de mendiga,
Extraño adorno, que a sus trenzas basta
La flor del aire que en redor se cría.

Cuando la Patria evoca,
Su rostro se ilumina,
Alza orgullosa la serena frente,
Y absorta lleva al porvenir la vista.

¡ Qué grande será, exclama,
Nuestra tierra argentina !
¡ Feliz de aquel que en el presente sea,
Y el lauro excelso en lo futuro ciña !

1884.

———

EL ALMA DE DON QUIJOTE

¡ Buenos Aires ! ¡ Venezuela !
¡ Una de otra digna hermana,
Donde el alma americana,
Crujientes las alas, vuela !
¡ Confines donde revela..
Mi alta raza su ardimiento,
Y el audaz aturdimiento
Y las heroicas pujanzas
Que las hizo quebrar lanzas
Contra molinos de viento !

—

¡ San Martín ! ¡Bolívar! Gloria,
Llama, luz de un sol naciente,
Que irradiando a un continente,
Lo abrió al día de la historia.
¿Quiéneis sois?... ¿Tanta victoria
Es vuestra? Tú, paladín
Del Andes; tú de Junín
Vencedo , del godo azote,—
¿Quiénes sois?... ¡Sois Don Quijote,
Bolívar y San Martín !

Por eso en vuestras entrañas,
Arde el intento brioso
Que abrió el carro temoroso
Del león de las Españas;
Y en vuestras locas campañas
Hay el mismo impulso ciego
De justicia a sangre y fuego,
Del perenne ideal fecundo
Que difundió sobre el mundo
El alma del gran manchego.

El, en vano, mil proezas
Por la Mancha derramara:
No hubo bestia que no hollara
De aquel grande las grandezas.
¡Cuántas, cuántas gentilezas
Del hidalgo allí se hundieron!...
En vosotos renacieron;
Y, en honor de los mortales,
Los hidalgos ideales
En América vencieron.

1905.



INDICE

INDICE

STITUCION DE LA REPUBLICA ORIENTAL entró en
gencia en 1919 .... » 0.10
STITUCION Y Gobierno Interior Administrativo
los Departamentos. Un tomo.................. » 0.15
PO Estanislao del «Fausto», impresiones del gau-
o Anastasio el Pollo. Prólogo de Juan C. Gómez.. » 0.25
IO RUBEN—«Prosas Profanas», con un prólogo de
osé E. Rodó .... » 0.40
» Azul... con prólogo de J. Valera............ » 0.35
UBERT GUSTAVO—Madame Bovary .... » 0.70
ZALEZ DOMINGO—(Licenciado Peralta,) Brocha-
s y Bocetos, contiene esta obra documentos y
nécdotas relativas a la Historia Nacional. Un
tomo de 200 páginas........................ » 0.50
» Carnet de un filósofo de antaño, 2 tomos... » 1.25
» Estudio sobre Constitución orgánica y regla-
mentación de la jus icia civil y criminal. Un tm. » 1.25
THE—«Werther» novela con prólogo de Samuel
lixen. Un tomo.................................. » 0.35
LEMAN (A. F.—Química Orgánica, traducción cas-
llana directamente del Holandés, se reparte por
ntregas de 16 páginas, c u .... » 0.20
» Química inorgánica en castellano tomo tela » 6.00
ENIEROS JOSE Significación Histórica del Maxima-
mo, 1 folleto.................................. » 0.10
ARMILLA ALEJANDRO «Fundamentos de la Moral» » 0.50
PLAGES ALBERTO Cinco meses de guerra. Estudio
de la Guerra europea........................ » 0.40
» Opiniones literarias (Prosistas Uruguayos Con-
temporáneos) .... » 0.80
DE AYALA, I Lecciones de Química Inorgánica
omplemento del texto de clase), de acuerdo con el
ograma universitario para el curso preparatorio » 1.20
TERLINCK MAURICIO «La Muerte».................. » 0.35
» «La vida de las abejas»..................... » 0.40
» «La inteligencia de las flores» .... » 0.40
» «El alcalde de Stilmonde, drama en 3 actos » 0.25
IAN LAFINUR (LUIS) La acción funesta de los
partidos tradicionales en la Reforma Cons-
titucional .... » 0.60

[Con]stitucion de la Republica Oriental-entró en [v]igencia en 1919 .... » 0.10
[Con]stitucion y Gobierno Interior Administrativo de los Departamentos. Un tomo.......... » 0.15
[Cam]po-Estanislao del «Fausto», impresiones del gaucho Anastasio el Pollo. Prólogo de Juan C. Gómez.. » 0.25
[D]ario Ruben—«Prosas Profanas», con un prólogo de José E. Rodó.......... » 0.40
» Azul... con prólogo de J. Valera....... » 0.35
[F]laubert Gustavo—Madame Bovary .... » 0.70
[G]onzalez Domingo—(Licenciado Peralta,) Brochazos y Bocetos, contiene esta obra documentos y anécdotas relativas a la Historia Nacional. Un tomo de 200 páginas.......... » 0.50
» Carnet de un filósofo de antaño, 2 tomos... » 1.25
» Estudio sobre Constitución orgánica y reglamentación de la jus icia civil y criminal. Un tm. » 1.25
[Go]ethe—«Werther» novela con prólogo de Samuel Blixen. Un tomo.......... » 0.35
[H]olleman (A. F. —Química Orgánica, traducción castellana directamente del Holandés, se reparte por entregas de 16 páginas, c u .... » 0.20
» Química inorgánica en castellano tomo tela » 6.00
[In]genieros Jose-Significación Histórica del Maximalismo, 1 folleto.......... » 0.10
[La]garmilla Alejandro «Fundamentos de la Moral» » 0.50
[La]splaces Alberto-Cinco meses de guerra. Estudio de la Guerra europea.......... » 0.40
» Opiniones literarias (Prosistas Uruguayos Contemporáneos).......... » 0.80
[L]as de Ayala, I -Lecciones de Química Inorgánica (complemento del texto de clase), de acuerdo con el programa universitario para el curso preparatorio » 1.20
[Ma]eterlinck Mauricio- «La Muerte».......... » 0.35
» «La vida de las abejas» .... » 0.40
» «La inteligencia de las flores» .... » 0.40
» «El alcalde de Stilmonde, drama en 3 actos » 0.25
[Me]llian Lafinur- (Luis)-La acción funesta de los partidos tradicionales en la Reforma Constitucional .... » 0.60

» Semblanzas del Pasado-Juan C. Gómez-un grueso volúmen........................ » 1.0

Nin Gastón A. Federico Nin Reyes-y el Génesis de la industria frigorífica (estudio histórico) 1 volúmen con foto-grabados y diseños.................... » 1.5

Nervo amado-«Florilegio (Recopilación), 1 folleto » 0.1

» «Perlas Negras» (Poemas), 1 tomo.......... » 0.50

» «Elevación» (Poemas), 1 tomo............ » 0.50

» «Serenidad» (Poesías), 1 tomo .... » 0.50

» «En voz baja» (Poesías), 1 tomo .... » 0.50

» «Ideas y observaciones filosóficas de Tello Tellez tomo.. » 0.25

Poe Edgard-Poemas y cuentos. Prólogo de Rubén Darío .... » 0.30

Paullier W-La Defensa Nacional y los Problemas Militares, 1 tomo de 304 páginas .... » 1.50

Roxlo Carlos-El libro de las Rimas, segunda edición corregida y aumentada......................... » 0.35

Sichele scipio Las ciencias sociales y sus aplicaciones» traducción de Alberto Lasplaces. (obra recomendada por la dirección de Instrucción Pública, para el estudio de sociología)................................ » 1.00

Sayagues Lasso-Vistas fiscales con las sentencias correspondientes, 3 tomos .... » 6.50

» Investigación de la Paternidad, 1 tomo... » 2.00

» Cuestiones Jurídicas, 1 tomo .... » 2.00

Tagore Rabindranat-La Luna Nueva (poemas en prosa) .... » 0.35

Viejo Pancho—Paja Brava—Versos criollos .... » 0.50

Zola Emilio—El Ensueño, traducción castellana de Carlos Malagarriga, 2 tomos............. » 0.50

Zorrilla De San Martin (Juan)—Tabaré y La Leyenda Patria, novísima edición corregida por el autor .... » 0.50

» Encuadernación en tela.......................... » 1.3

» Detalles de Historia Rioplatense, 1 tomo » 0.5